

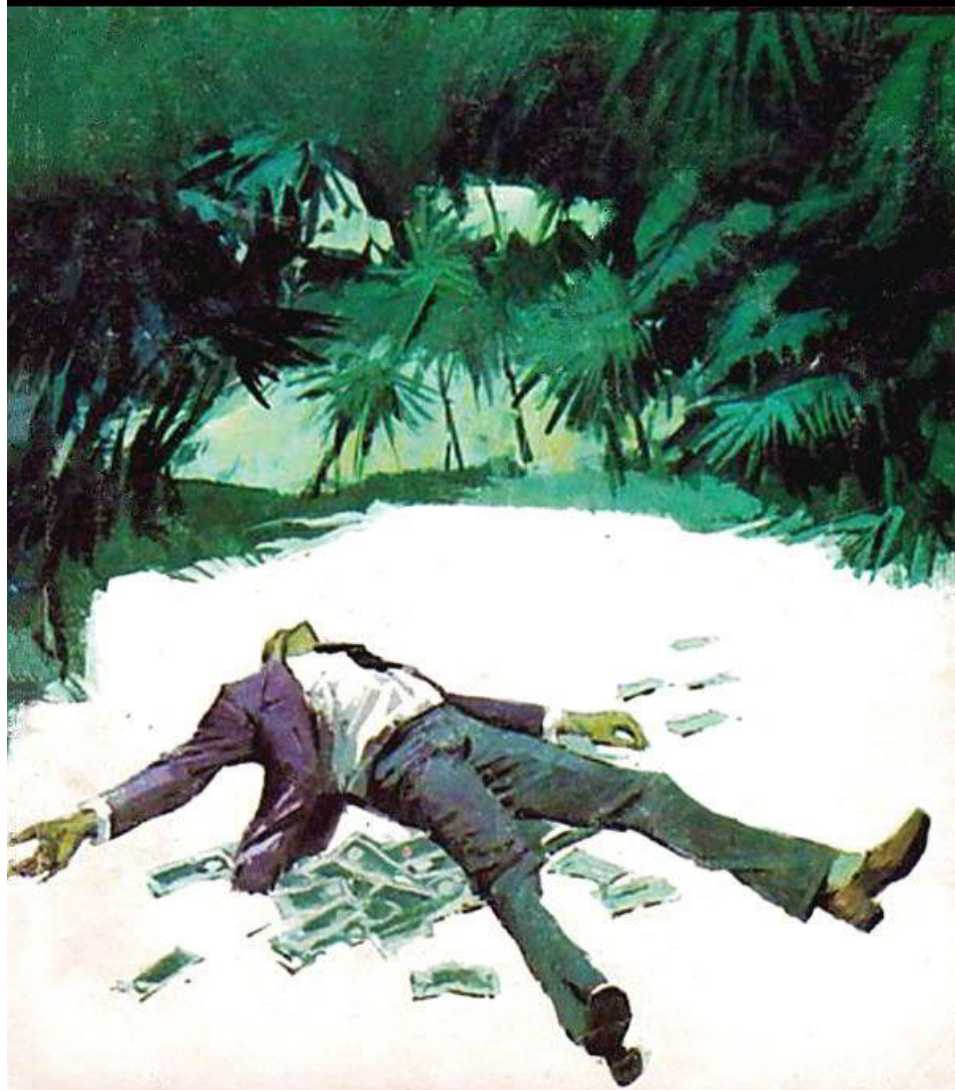
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

DINERO, PODRIDO DINERO

Kelltom McIntire



¿Quién iba a imaginarse que el guapísimo Lee Carlin tuviera un aspecto tan desagradable después de muerto?

Matt Findlay contempló aquel cadáver una vez más.

—Lamentable —murmuró irónico, observando aquellas facciones crispadas, oscurecidas, repelentes.

Incluso los rubios cabellos estaban lacios y pegajosos, aquella cabellera que Carlin había peinado con tantísimo esmero durante toda su vida.

La boca estaba abierta, al igual que los ojos ya velados por la muerte, que parecían mirarle con odio.

Findlay se encogió de hombros, sacó un cigarrillo y lo encendió.



Kelltom McIntire

Dinero, podrido dinero

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1404

ePub r1.0

Lds 06.11.18

Título original: *Dinero, podrido dinero*

Kelltom McIntire, 1977

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

¿Quién iba a imaginarse que el guapísimo Lee Carlin tuviera un aspecto tan desagradable después de muerto?

Matt Findlay contempló aquel cadáver una vez más.

—Lamentable —murmuró irónico, observando aquellas facciones crispadas, oscurecidas, repelentes.

Incluso los rubios cabellos estaban lacios y pegajosos, aquella cabellera que Carlin había peinado con tantísimo esmero durante toda su vida.

La boca estaba abierta, al igual que los ojos ya velados por la muerte, que parecían mirarle con odio.

Findlay se encogió de hombros, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Durante unos segundos, Findlay reflexionó sobre las paradojas de la vida.

El hombre que ahora yacía muerto ante él había sido un tipo muy afortunado..., hasta el momento de su muerte.

Cierto que como actor de cine, Carlin no había sobresalido demasiado: filmes mediocres, comerciales, de los que se exhiben una temporada en las salas y jamás vuelven a proyectarse, excepto en televisión.

Por su físico atlético y su innegable belleza viril, Carlin había sido elegido por varias productoras para protagonizar intrascendentes películas de aventuras.

Tarzán, Houdini, Maciste y un sinnúmero de historias mitológicas componían lo más destacado de la filmografía del actor, que por otra parte jamás había soñado con convertirse en uno de esos «monstruos del cinema».

Ya en la madurez, cuando Hollywood y su gigantesca industria cinematográfica iniciaron su declive, Lee Carlin había viajado a

Europa, donde su nombre se recordaba y se cotizaba todavía.

Gracias a ello y a los méritos de un buen *manager*, la carrera cinematográfica de Lee Carlin se había dilatado todavía casi diez años.

Lee poseía el raro mérito de atraer sobre sí los impulsos amoroso-maternales de las mujeres más bellas, de lo que se había aprovechado concienzudamente para engrosar sus cuentas bancarias.

Finalmente comenzó a sentir la añoranza de la vida de Hollywood y volvió a América.

Por desgracia, pudo comprobar enseguida que su nombre no se cotizaba en los estudios. Tenía ya cuarenta y cinco años y era demasiado viejo para interpretar películas de acción.

Durante un año, sus ganancias le permitieron vivir la vida principesca de siempre.

Conservaba su magnífica casa de Beverly Hill, en el garaje estaban siempre dispuestos su «Jaguar», un gran «Lincoln» Continental e incluso un «Ford» Ranchero para cuando sentía necesidad de saciar sus ansias cinegéticas.

Durante aquel año vivió rodeado de sus amigos de siempre, asistiendo a todas las fiestas, cenando en los mejores restaurantes y acompañado por damas de rutilante belleza.

Pero como todas las cosas buenas de este mundo, el dinero se acabó.

Lee Carlin buscó trabajo desesperadamente. Pero sólo consiguió humillaciones tales como la oferta de un papel secundario en un filme sin importancia.

Tuvo, claro está, que vender sus caballos de carrera primero, su casa de Beverly Hills después, e incluso dos de sus coches.

Fue aquella época, ya quemando sus últimos cartuchos, cuando Carlin empezó a relacionarse con gente extraña.

Primero se le vio a menudo en compañía de una dama muy bella, llamada Nathalia Puskin.

Que Carlin saliese con mujeres no tenía nada de particular, puesto que era lo que había hecho durante toda su vida.

Pero algunos meses después Nathalia Puskin fue detenida y acusada de sabotaje.

Lee Carlin no sufrió ninguna molestia. La policía le dejó fuera

del asunto, suponiendo que el actor era absolutamente inocente.

A partir de aquella fecha, hubo cierto esplendor en la vida de Carlin.

Alquiló una bella mansión en Wilshire Boulevard, adquirió algunos caballos de carrera y cambió su coche por un fastuoso «Lamborghini».

Es decir, por una u otra razón, Carlin disponía de dinero fresco, puesto que llevaba su anterior tren de vida, lleno de lujos y derroches.

Fue entonces cuando el servicio de contraespionaje empezó a fijarse en él. Y no precisamente para proponerle un papel estelar en una superproducción.

Al parecer, en Lee Carlin había brotado espontáneamente una desmesurada afición por la fotografía.

El propio Matt Findlay, que había penetrado subrepticamente una noche en la casa de Wilshire Boulevard, había descubierto una habitación convertida en cuarto oscuro.

Carlin disponía de una cámara profesional «Rolleiflex», dotada de teleobjetivo, amén de cámaras tomavistas, *flashes*... Material caro, moderno y eficiente para practicar su repentino *hobby*.

En adelante, Lee Carlin fue sometido a una vigilancia suave pero continua.

Se le vio frecuentar el Photo Club.

Se hicieron algunas averiguaciones y se llegó a la seguridad de que el club no era otra cosa que un lugar de reunión de personas elegantes y adineradas, unidas por una afición común.

Se hablaba de fotografía y de cine, se discutía sobre las técnicas más acertadas, se organizaban concursos... Todo de lo más inocente.

Al llegar el verano, Lee Carlin conoció a una mujer bellísima: Kate Cheng-Lai. Al parecer, establecieron contacto en el Photo Club porque ambos eran socios del mismo.

La deliciosa jovencita que era Kate Cheng-Lai fue investigada por los servicios de espionaje sin que ella pudiese advertirlo.

Kate venía de Hawái. En Honolulu, su padre, Charles Cheng-Lai era un comerciante prestigioso y adinerado.

Ninguna conexión con asuntos de espionaje, ni la más remota mancha sobre su honorabilidad.

Durante el mes de julio y parte de agosto, Lee Carlin y Kate Cheng-Lai estuvieron realizando una excursión a lo largo de algunos estados.

Los servicios de espionaje les fueron siguiendo en su agradable gira. Constantes informes, carentes de interés, fueron llegando a manos de Matt Findlay, encargado de vigilar a Carlin.

Sólo al cabo de unas semanas, y cuando ya la pareja había regresado a Los Angeles, Findlay comenzó a sospechar algo.

Su sospecha fue afianzándose poco a poco, a medida que unía con un trazo en el mapa de los Estados Unidos, los puntos que marcaban el itinerario de aquel «viaje de placer».

No podía existir casualidad. Lee Carlin y Kate Cheng-Lai habían visitado, uno por uno, y sin olvidar ni uno solo de ellos, *los puntos donde estaban situados centros secretos de defensa atómica*.

Cómo había conseguido Carlin la relación de aquellos puntos, era una incógnita.

Pero había otros datos que llevaban a pensar que Carlin se dedicaba al espionaje: seguía llevando la misma vida fastuosa. Y poseía un equipo profesional de fotografía.

Matt Findlay unió todos aquellos datos y los resumió en una frase: Carlin se había convertido en un traidor a la patria.

Si estaba obteniendo datos que afectaban a la defensa de los Estados Unidos y vendiéndolos a cualquier potencia extranjera, Lee Carlin dejaba de ser un simple sospechoso para convertirse en un hombre peligroso.

Sin embargo, los servicios de espionaje se mueven en las sombras y jamás dan un paso decisivo sin haberse asegurado por completo.

Tratando de obtener pruebas de convicción, la mansión que Carlin había alquilado en el elegante Wilshire Boulevard fue visitada en varias ocasiones.

Una vez era un empleado de teléfonos, otra un inspector de hacienda, o quizá un hombre que se hacía pasar por fontanero.

Por desgracia, ninguno de aquellos agentes disfrazados logró encontrar la menor prueba contra Carlin.

La casa había sido registrada de arriba abajo, escrupulosamente, pero sin resultado positivo.

Kate Cheng-Lai desapareció por un cierto tiempo de Los Angeles.

Se comprobó que había vuelto a Honolulu. Pero sólo fue una estancia de dos semanas, al cabo de las cuales se la vio de nuevo en compañía de Lee Carlin.

La vigilancia se estrechó en torno al antiguo actor. Incluso se llegaron a tomar con un tomavistas escenas de las entradas y salidas de las personas que visitaban a Carlin.

De esta forma, los servicios de contraespionaje llegaron a coleccionar fotografías y datos importantes sobre todo un grupo de personas sospechosas.

Fue en el mes de setiembre cuando ocurrió el incidente que pudo costar la vida a Lee Carlin. Fue como un aviso que Carlin debiera haber tenido muy en cuenta, pero que despreció olímpicamente.

El antiguo actor acababa de comprar un magnífico yate que le costó nada menos que veinte mil dólares.

En compañía de la preciosa y jovencísima Kate Cheng-Lai —según su pasaporte, Kate sólo tenía veinte años—. Carlin solía hacerse a la mar al atardecer, cargado con todo un equipo de pescador, en el que ni siquiera faltaban dos trajes de caucho y las bombonas de oxígeno para practicar la pesca submarina.

Aquella tarde de setiembre, el Pacífico permanecía en perfecta calma.

Carlin y su bella acompañante abandonaron el muelle y avanzaron en el yate hasta unas cinco millas de la costa.

Los hombres del contraespionaje estuvieron observándoles a través de prismáticos muy potentes y presenciaron todo lo que sucedió.

El hombre y la mujer aparecieron sobre la popa de la embarcación, embutidos en sus trajes de inmersión y provistos de fusiles de aire comprimido.

Se zambulleron en varias ocasiones y volvieron a salir.

De pronto en el horizonte se advirtió una vivísima deflagración y el yate saltó en pedazos.

Sobre la línea del horizonte quedó flotando una columna de humo.

CAPÍTULO II

Lee Carlin y Kate Cheng-Lai fueron recogidos por una lancha guardacostas.

Habían resultado ilesos de la fortísima explosión que había convertido en fragmentos una embarcación de veinte mil dólares.

Naturalmente, Carlin fue interrogado por la policía. Se mostró desdeñoso con los agentes y pretendió restar importancia al incidente.

—El yate disponía de un motor a inyección. Seguramente explotó accidentalmente —fue su opinión.

Y agregó:

—Espero que no hayan dificultades con la compañía de seguros. El yate estaba asegurado en treinta mil dólares.

No hubo dificultades, desde luego. El inspector de la aseguradora que se encargó del caso, llegó a la conclusión que tanto Carlin como la mujer habían estado en gravísimo peligro de muerte, por lo que no cabía sospechar que el ex actor cinematográfico hubiera provocado la explosión para cobrar el seguro: tal proceder hubiera sido propio de un loco, de un suicida.

Carlin, por tanto, se embolsó los treinta mil dólares y todo solucionado. Pero no volvió a navegar en yate.

Matt Findlay y los hombres que tenía en su grupo se preguntaron entonces el significado de aquel accidente, un sabotaje a todas luces.

Investigaron a fondo el caso y llegaron a la conclusión de que era imposible que el motor hubiera explotado de por sí.

¿Entonces...?

No cabía más respuesta que la del sabotaje: alguien que no quería muy bien a Carlin le había preparado una peligrosa sorpresa.

Bastaba para ello con haber introducido una bomba de efecto retardado en el yate.

En el muelle de embarcaciones deportivas había vigilancia, era cierto. Pero cualquiera podía burlarla, sobre todo por la noche, cuando la luz era escasa y el muelle estaba lleno de sombras.

Una pregunta llevaba a otra.

¿Quién había querido deshacerse de Carlin?

No tenía enemigos personales. Lee Carlin era bien recibido en cualquier círculo y contaba con simpatías. Especialmente entre las mujeres.

Su gallarda fachada de maduro galán hacía estragos todavía en mujeres jóvenes y menos jóvenes.

Por tanto, el atentado debía guardar alguna relación con sus supuestos negocios de espionaje.

Si Lee Carlin jamás había, demostrado grandes facultades como actor, era evidente que sabía moverse con cautela en el tenebroso mundo de los espías.

Había demostrado inteligencia y astucia. Y estaba enriqueciéndose a costa de su país, traicionando a los Estados Unidos de América.

En cualquier caso, Matt Findlay podía ser precisamente *la horma de su zapato*.

Findlay era el hombre más experimentado, decidido y capacitado de los servicios de contraespionaje.

Entre sus compañeros de profesión, Matt Findlay tenía fama de cínico, despiadado, temerario, observador, incorregible, fanfarrón, silencioso y efectivo. Y ello por citar solamente algunos de los adjetivos que Findlay había merecido a lo largo de su vida profesional.

Tenía otra gran virtud: la paciencia. Durante muchos meses se había convertido en la sombra de Lee Carlin, aguardando el momento propicio para detenerlo y entregarlo a los tribunales.

Conocía perfectamente a Carlin. Desde sus gustos gastronómicos hasta sus intimidades más recónditas.

No le gustaba Carlin. Lo había confesado abiertamente cuando fue encargado de vigilarle.

—¡Ese maniqué...! —había exclamado despectivamente—. Un cursi con los cabellos perfectamente ondulados y peinados, un

guapo de guardarropía...

El hecho de que despreciase a Carlin nada tenía que ver con su actuación como agente de contraespionaje.

Personalmente, las cosas habían llegado a un grado en el que Matt Findlay creía ciegamente en la culpabilidad de Carlin.

Matt tenía autoridad, para detener al ex actor e interrogarlo. Sabía que en sus manos, Carlin terminaría confesando en pocas horas.

Sin embargo, donde hay un espía que vende los secretos de su nación, siempre existen unos individuos que son los compradores. Y precisamente aquellos hombres eran los que interesaban a Findlay.

No se conformaba con «cazar» a Carlin. Quería copar también a los agentes secretos extranjeros que estaban enriqueciendo a Carlin.

Yendo muy lejos en sus suposiciones, Matt Findlay empezaba a creer que el escurridizo y sorprendente Carlin no sólo negociaba con una agencia de espionaje, sino con dos o más.

Le inclinaba a pensar así el atentado sufrido por Lee Carlin, en el cual quedó destrozado su yate.

Carlin vendía sus secretos a una organización, pero debía existir otra que no estaba de acuerdo con aquellas transacciones y deseaba participar activamente en el escabroso asunto.

El teléfono de la calle Wilshire Boulevard estaba intervenido. En principio, Matt Findlay había confiado absolutamente en el resultado de aquella desviación telefónica que iba a parar a los sótanos de un edificio próximo. A la escucha se turnaban continuamente cinco hombres del servicio de contraespionaje.

Por desgracia, Lee Carlin sólo utilizaba el teléfono para comunicarse con el restaurante más cercano o con su agente de apuestas del hipódromo.

Sin embargo, una tarde Findlay recibió una urgente llamada telefónica. Su comunicante era Perkins, el hombre que permanecía de turno en el sótano, controlando el teléfono de Carlin.

—¿Matt? Carlin acaba de hacer una llamada interesante. Disponte a escuchar, la he grabado en el magnetófono.

—Adelante, Perkins —respondió Findlay.

Se oyó un chasquido leve y enseguida la voz de Carlin. Desusadamente nerviosa, incoherente:

«¿Mark? Escuche, estoy de acuerdo. Sí, sí. Si trae el dinero,

tendrá lo que le interesa. Lo tengo aquí. Pero dese prisa. De acuerdo, le espero».

La grabación terminó y surgió la voz de Perkins:

—¿Oíste bien, Matt?

—Perfectamente. Óyeme bien, Perkins. Abandona el sótano y vigila la entrada de la casa de Carlin. Voy para allá inmediatamente —respondió Findlay.

Llegó al Wilshire Boulevard veinte minutos más tarde. Perkins estaba apostado en la entrada de la mansión Carlin.

—Todo está en orden, Matt. No he visto entrar ni salir a nadie —le informó.

—Quédate aquí y detén a cualquier persona que intente entrar o salir —recomendó.

La casa que había alquilado Carlin era un edificio antiguo, de tres plantas, en muy buen estado. Lo rodeaba un jardín inglés, de setos bien recortados, con una gran zona de césped rodeando la casa.

Habitualmente, Carlin se hacía servir por un mayordomo llamado Tom Russell, pero Findlay sabía que el mayordomo no saldría a abrirle la puerta aquel anoche: era jueves, el día en que Russell disfrutaba su asueto semanal.

La elegante puerta cristalera de hierro estaba abierta. Entró, cruzó un inmenso vestíbulo blanco y alcanzó la escalera.

La segunda planta era la parte del edificio que solía reservarse para sí Carlin.

Anduvo a lo largo de un ancho pasillo voladizo adornado con plantas tropicales y empezó a registrar las habitaciones.

Un gabinete vacío. Un gran salón dorado, igualmente vacío. Una puerta entreabierta, al final del pasillo...

Había un gran ventanal semicircular, con las cortinas descorridas. Junto al ventanal se veían algunos sillones y una mesita redonda.

Carlin estaba de espaldas, acomodado sobre uno de aquellos sillones.

Findlay se aproximó paso a paso, silencioso como un puma. Tenía su pistola en la mano izquierda cuando apoyó una mano sobre el hombro del ex actor.

—Levante las manos, Carlin. Queda detenido —dijo.

Pero Carlin no se movió.

Entonces Findlay le zarandeó con fuerza. Carlin se inclinó hacia adelante muy despacio, golpeó contra la mesa y cayó al suelo, donde quedó absolutamente inmóvil.

Findlay le contempló en silencio, sin descuidarse.

El rostro de Carlin, tan hermoso en vida, ofrecía un aspecto repelente. Deformadas las facciones, desorbitados los ojos, inyectados en sangre, abierta la boca en un rictus terrible, oscurecidas las facciones...

En su cuello había unas marcas rojizas, como si le hubiesen estrangulado con un lazo o una cuerda.

Findlay se disponía a inclinarse sobre él para registrarle, cuando oyó una apagada explosión y la lámpara de pie que iluminaba tenuemente el estudio voló en fragmentos.

La prudencia aconsejaba ponerse a cubierto de los disparos. Fue lo que hizo Findlay, arrojándose de un salto tras la masa protectora de un diván.

El estudio quedó en penumbras.

Findlay podía distinguir las siluetas de los muebles y el resplandor que penetraba por la puerta del corredor.

¿Dónde se encontraba la persona que había disparado sobre la lámpara?

Podía estar oculta tras las cortinas recogidas a izquierda y derecha del amplio ventanal.

O escondida detrás de cualquiera de los divanes.

Había también un armario de nogal, artísticamente tallado. Aquel mueble había llamado la atención de Findlay por su belleza, cuando penetró en el estudio.

El resplandor de la luz del corredor iluminaba apenas una de sus puertas entreabiertas.

Con infinitas precauciones, Findlay se puso en marcha y rodeó el ventanal, siempre oculto tras los muebles.

Desplazándose a gatas, rozó una mano helada de Carlin y se estremeció, sin poderlo evitar.

Junto al muro donde estaba adosado el armario, Matt se alzó en silencio y se aproximó, centímetro a centímetro.

Cuando se inmovilizó, el silencio era absoluto.

Una respiración contenida llegó hasta él.

De repente, Findlay saltó hacia adelante, agarró el mueble, tensó sus músculos y lo volcó con fuerza.

Sonó un estrépito considerable y el armario se deshizo en astillas sobre el suelo.

Alguien chilló en las tinieblas.

Findlay saltó hacia adelante con los brazos abiertos y aterrizó sobre las desencuadradas maderas del armario.

Un objeto duro y metálico se estrelló de refilón contra su espalda. Quien quiera que fuese, había fallado su intento de golpearle en la cabeza.

El golpe fue doloroso, sin embargo... Conteniendo el dolor, Matt saltó sobre el bulto de su enemigo y logró atezar una pierna.

Dio un tirón brusco y atrajo el cuerpo hacia sí.

Su oponente se revolvió como un gato rabioso. Debía tener buenas uñas, porque algunos fieros arañazos obligaron a Findlay a gritar de dolor.

Rabioso, agarró un brazo y lo retorció. El agudísimo alarido le dejó paralizado durante unos segundos.

La persona que luchaba con él debía ser un tipo de pequeña estatura, ágil y escurridizo como un diablo.

Pero ahora estaba bien sujeto. Matt pasó una mano por su pecho para dominarlo mejor y tuvo que contener una exclamación de asombro.

El pecho que abarcaba no era el de un hombre, sino... el de una mujer. Un busto bien desarrollado, desde luego.

—Quieta, maldita, o te romperé el cuello —gruñó colérico.

Manteniendo uno de los brazos de su contrincante a la espalda, se puso en pie y retrocedió hasta la puerta.

Palpó el muro y encontró el interruptor de la luz. Lo accionó y una claridad viva surgió de la araña que colgaba del techo.

Bruscamente, Findlay obligó a la mujer a volverse y miró su rostro.

Asombrado, contempló las bellísimas facciones de Kate Cheng-Lai.

CAPÍTULO III

En el suelo brillaba una pistolita de cachas nacaradas.

Findlay la alejó de una patada.

Miss Cheng-Lai aprovechó el momento para inclinarse bruscamente hacia adelante y proyectar al policía a cinco metros de distancia.

Ya estaba la jovencita recuperando su pistola, cuando la mano derecha de Findlay la alcanzó en la cara de un violento bofetón y la obligó a gemir de dolor.

Se incorporaron a un tiempo.

Kate Cheng-Lai tenía lágrimas de rabia y de dolor en sus hermosos ojos oblicuos.

—¿Quién es usted? —chilló colérica.

Findlay dejó escapar una carcajada.

—Las preguntas las hago yo, gatita oriental. Te aconsejo que procures no impacientarme: poseo una rarísima habilidad para desatar las lenguas más perezosas —advirtió.

Kate le miró desafiante.

Teniéndola a cinco pasos de distancia, Matt la contempló con curiosidad y admiración.

Apenas le llegaría a Findlay a los hombros, pero la exótica *miss* Cheng-Lai era una jovencita deliciosamente proporcionada.

Muy elegante. Su traje sastre color turquesa le caía admirablemente. La falda, muy corta, permitía contemplar un par de hermosas piernas bronceadas.

La chaqueta de Kate estaba entreabierta. Llevaba debajo un suéter blanco, muy ajustado. El relieve de sus senos, estremecidos por el jadeo, atrajo la mirada de Findlay por unos segundos.

Su atuendo se completaba con un pañuelo de gasa al cuello. Un

tejido sutil y resistente, *que podía haber servido para estrangular al infeliz Lee Carlin.*

Las facciones de Kate Cheng-Lai eran una mezcla perfecta de exotismo oriental y belleza europea. Sus ojos eran grandes, almendrados, muy negros, tanto como sus cabellos, largos y sueltos. Su nariz era un poco corta, pero graciosa, y su boca era carnosa y expresiva.

—¿Qué *debo* decirle? —preguntó ella.

—Dígame en primer lugar cómo asesinó a Carlin. ¿Utilizó ese bonito pañuelo blanco que lleva al cuello?

A Findlay le sorprendió la vehemente y apasionada respuesta:

—Yo amaba a Lee. ¿Cómo iba a matarle?

Inesperadamente brotaron las lágrimas en sus ojos. Si eran fingidas, Kate se revelaba como una actriz plena de recursos efectistas.

—Así que no mató a Carlin —dijo Findlay muy escéptico—. ¿Podría decirme qué hacía en esta casa, entonces?

—Vine a visitarle. Lee y yo... —Un sollozo la obligó a callar—. Bueno..., él y yo nos queríamos. Me llamó. Parecía muy excitado. Me dijo que necesitaba verme enseguida. Deseaba confiarme algo. Ahora no podré saberlo nunca, Findlay rió, sarcástico.

—Nada más cierto. Carlin no volverá a pronunciar una palabra. Dice que Carlin la llamó... ¿por teléfono? —preguntó.

Era una pregunta con trampa. Si era cierto que Carlin la había llamado, Perkins, que había permanecido a la escucha en el sótano, hubiera registrado la llamada, y, en consecuencia, avisado al propio Findlay.

—No —denegó Kate—. Carlin compró un par de *walkie-talkies*. Tenía gran afición a esos pequeños aparatos de radio. Utilizó el *walkie-talkie* para comunicarse conmigo —confesó.

Findlay pareció reflexionar unos segundos. Súbitamente, la pistola apareció en su mano.

—Acérquese. Voy a cachearla —ordenó.

—¿Cómo..., cómo se atreve? No permitiré que...

Explotivamente, Findlay se acercó a ella, la empujó contra la pared y la aplastó con su propio peso.

Inmediatamente comenzó a registrarla.

Findlay tenía mucha experiencia en tales menesteres. Sin

embargo, la sangre corrió tumultuosamente por su sistema circulatorio al sentir el calor del cuerpo femenino tan cerca del suyo.

—Vuélvase —ordenó decepcionado.

Ella le miró con burla.

—¿Qué esperaba encontrar? ¿Una bomba de tiempo?

—Usted lo sabe muy bien —respondió Matt con dureza—. Carlin se dedicaba a pasatiempos muy peligrosos. Era un espía, un cerdo que traicionaba a su patria.

Kate le miró con sorpresa infinita.

—¡No puedo creerle! Lee era un caballero, un hombre maravilloso y honrado, un verdadero patriota —protestó fervorosamente.

—Deliciosa defensa —gruñó Matt—. Pero absolutamente inútil. Sé que Carlin acababa de llamar a un tal Mark, ¿le conoce?

—Conozco a un Mark Fisher, amigo de Lee. Un experto en fotografía artística —confesó Kate—. Pero dígame, ¿qué es lo que le interesa exactamente?

Findlay se encogió de hombros, molesto.

—No lo sé con certeza. Quizá un microfilme, unos documentos fotográficos... ¿Es que Lee no le habló nunca de ello? Su bonita *tournée* de este verano, sirvió para que Carlin fotografiase minuciosamente instalaciones estratégicas secretas, ¿comprende?

Kate le miró con extraña expresión.

—Ahora recuerdo que... ¡Pero Carlin no puede ser culpable!

—Desde luego. Ya no es nada. Está muerto.

—No me refería a eso. Sé que Lee tomó esas fotografías. Pero no dijo que fuesen instalaciones secretas. Se interesaba por todo. Fotografiaba todo lo que se ponía al alcance de su cámara.

—Es posible. Pero sólo le interesaban los secretos militares de los Estados Unidos. ¿Cómo cree qué se daba la gran vida? Carlin no trabajaba ya. Ni tenía fortuna. Lo que tenía, se lo gastó alegremente hace tiempo. Vivía del producto de su traición, *miss* Cheng-Lai.

Kate pareció abrumada.

—Apenas puedo creerlo. ¿Dice que es de mucho valor lo que fotografiaba Lee?

—Cálculélo, a juzgar por su fabuloso tren de vida —respondió Findlay adusto.

Ella permaneció unos minutos en silencio, como si se sintiera abrumada por las razones de Findlay.

Al fin, alzó los negros ojos y le miró.

—Ya que tiene tanto interés en encontrar esas fotografías de Lee, supongo que es usted un policía o un hombre del Gobierno, ¿es cierto? —preguntó sin dejar de observarle con atención.

Findlay reflexionó a toda prisa.

¿Le interesaba decir la verdad?

Desde luego, podría inculpar fácilmente a Kate Cheng-Lai por el asesinato de Lee Carlin. Pero no estaba seguro de la culpabilidad de aquella hermosa jovencita.

Finalmente decidió que era mejor dejarla en libertad. Vigilándola de cerca, podría establecer si estaba relacionada con las actividades de Carlin o era absolutamente ajena a sus manejos.

En cualquier caso, el asesinato de Carlin parecía demostrar definitivamente que el ex actor era culpable de espionaje.

Para disimular su indecisión, Findlay lanzó una carcajada cínica.

—¿Policía? —exclamó burlón—. Nada más lejos de la verdad, muchachita.

—¿Entonces...?

—Los secretos de Carlin valen mucho dinero. ¿Es malo que un tipo como yo tenga interés en mejorar su situación económica? —dijo con descaro.

—Ah, ya —murmuró ella despectiva—. Es usted un aprovechado, un ladrón, o un chantajista...

Findlay volvió a dejar oír su risita burlona.

—Piense lo que quiera. Me interesan los secretos de Lee Carlin, eso es todo. Y usted puede ayudarme mucho.

—Se equivoca. Si es cierto que Lee era un... espía, jamás tuve relación con sus actividades —declaró Kate con acento de gran sinceridad.

Se retorció las manos nerviosamente y miró al hombre.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó—. Reconozco que si la policía me encontrara aquí, en estas circunstancias, mi posición iba a resultar muy incómoda. Supongo que un hombre como usted no tendrá el menor inconveniente en aceptar algún dinero a cambio de...

—¿A cambio de...? —repitió Findlay expectante.

—A cambio de dejarme marchar libremente y olvidarse de que me ha encontrado en esta casa —terminó Kate con decisión.

—¿Por qué no? ¿Cuánto puede darme?

—Bien... Creo que tengo en mi bolso unos mil dólares.

—No es demasiado, pero teniendo en cuenta que no he conseguido lo que buscaba... ¿Dónde tiene el dinero?

Kate se dirigió a la puerta, tras dirigir una última mirada al cadáver de Lee Carlin.

—En el pasillo. ¿Viene?

La siguió.

Sobre uno de los artísticos sillones dorados del corredor había un bolso blanco y un libro grueso.

Findlay pudo leer el título de aquel libro de una ojeada. Era un título muy largo: *Cómo conseguir bellas plantas de jardín en cualquier época del año*.

Ya se disponía Kate a abrir su bolso, cuando Findlay se lo arrebató de un brusco manotazo.

—Permítame —se burló—. He vivido muchos años gracias a mi natural desconfianza.

En el bolso había una pistolita de pequeño calibre, además de una billetera, un paquete de cigarrillos y una barra de labios.

—Ajá —comentó Findlay—. ¿Para qué necesita una damisela como usted una pistola?

Kate se mordió los labios.

—Los Angeles es una ciudad peligrosa a determinadas horas de la noche. No he tenido que usar nunca mi pistola, pero tenerla en el bolso me da confianza —confesó.

—Ya comprendo —murmuró Findlay sin abandonar su tono zumbón.

Sacó el paquete de cigarrillos y fue desmenuzando uno por uno, cuidadosamente, todos los pitillos, ante la asombrada y escandalizada expresión de Kate Cheng-Lai.

Igualmente abrió la barra de labios y la inspeccionó, tras lo cual la devolvió al bolso.

En la billetera había mil doscientos dólares en billetes. Findlay apartó mil cien y devolvió el bolso a la mujer.

—Márchese —dijo entonces.

Kate alzó altivamente la barbilla, recogió el manual de

jardinería y descendió la magnífica escalera.

Findlay bajó apresuradamente en pos de ella y la alcanzó en el jardín. Al oír sus pasos, la mujer se volvió vivamente.

—¿Qué...? —preguntó con cierta ansiedad.

—Pensé... Bueno, no he sido muy gentil con usted. ¿Puedo acompañarla a alguna parte? —ofreció.

Kate le miró de pies a cabeza, con expresión crítica.

—Físicamente es usted un hombre muy atractivo, lo reconozco. Pero moralmente es sólo basura. Olvídese de mí, para ello le pagué —dijo con dureza.

—Perfectamente, *madame* —respondió Findlay, esbozando una reverencia—. No insistiré.

Hizo una disimulada seña a Perkins, que aguardaba fuera, y su camarada dejó pasar a la mujer.

Un momento después, cuando ya Kate Cheng-Lai se alejaba en un bello automóvil deportivo, Findlay se reunió con Perkins.

—Tendrás que avisar a los muchachos, Perkins. Lee Carlin está muerto. Estrangulado —dijo.

Perkins lanzó una exclamación ahogada.

—¿Y ella? —preguntó señalando con la barbilla al otro extremo de la calle, donde Kate había aparcado su automóvil.

—¿Ella? Sé dónde encontrarla. Ahora ve y lleva mi aviso. Necesito una docena de hombres. Vamos a poner del revés la bella mansión de Lee Carlin.

—Está bien. Utilizaré la radio —respondió Perkins.

Findlay esperó ante la verja del jardín hasta que Perkins hubo cruzado la calle. Luego volvió sin prisas a la casa.

Habría que registrarla palmo a palmo. Si las fotografías que Carlin pensaba vender a Mark Fisher estaban todavía en la casa, a buen seguro que no estarían al alcance de cualquiera, sino perfectamente escondidas.

Findlay podía alardear de conocer muy a fondo la psicología de los espías. Sabía que éstos suelen ser personas desconfiadas que buscan los lugares más disparatados para esconder sus secretos.

Mientras ascendía la escalera, pensó en Fisher, el presunto cliente de Lee Carlin.

Fisher había penetrado en la mansión de Wilshire Boulevard en una sola ocasión. Pero ello fue suficiente para que los hombres del

servicio de contraespionaje tomaran su rostro en película y se sintieran interesados por el personaje.

Mark Fisher era propietario de una cadena de floristerías. Su negocio marchaba de forma «florecente», óptima.

Era un hombre de cincuenta años, bien conservado, algo obeso. Sus crecientes ingresos le permitían satisfacer sus dos aficiones predilectas: la fotografía artística y el frecuente trato con jovencitas de las llamadas *call-girls*.

Por lo demás, no se le conocían antecedentes penales ni actividades políticas de ninguna clase.

Indeciso en mitad del pasillo superior, Findlay optó por dirigirse a la derecha, el ala del edificio más alejada del estudio donde se encontraba el cadáver de Carlin.

Un pasillo más estrecho partía hacia la izquierda. Avanzó lentamente y de repente se inmovilizó.

Acababa de escuchar un crujido. Y el sonido provenía de la puerta situada a su derecha, abierta unos centímetros.

Contuvo la respiración, giró despacio y avanzó dos pasos.

A través de la rendija, trató de mirar al interior de aquella habitación.

No pudo ver nada, en principio. La habitación estaba a oscuras.

Aguardó pacientemente, decidido a saltar de repente hacia dentro y a sorprender al intruso que se cobijaba allí.

¿O el crujido se debía simplemente a uno de esos rumores que producen las maderas secas de los muebles?

Empezaba a creer que se trataba de una falsa alarma, cuando en la oscuridad brilló un círculo luminoso.

¡Una linterna!

El blanco chorro de luz ascendió e iluminó una estantería repleta de libros.

Una mano velluda, sarmentosa, comenzó a volcar los libros con estrépito.

Los largos dedos de aquella mano se movían rápidos, como acuciados por la impaciencia.

Entonces Findlay empujó levemente la puerta y la abrió lo suficiente como para poder penetrar en la biblioteca.

En la penumbra, Findlay observó la alta silueta del desconocido que examinaba con gran atención los títulos que se alineaban en la

estantería.

Alzó una mano, tanteó la pared y encontró el interruptor de la luz.

Muy despacio, para evitar producir el menor rumor que alertara al intruso, introdujo su mano derecha en la chaqueta y sacó la «Magnum *Parabellum*».

Bajó el interruptor. La potente luz de cuatro tubos fluorescentes, colgados del techo, iluminó claramente la gran estancia.

El hombre que examinaba las hileras de libros encaramado en una escalera metálica, lanzó una exclamación de asombro y se volvió con violencia.

Su brusco movimiento provocó el desequilibrio de la escalera y el hombre cayó pesadamente a tierra.

Findlay oyó un gemido de dolor. Antes de que el desconocido se hubiera recuperado del formidable batacazo, corrió hacia él y le inmovilizó aplastándole un pie sobre la espalda.

—Muy bien, ratón de biblioteca —exclamó apuntándole con la temible «Magnum» a la nuca—. Veamos qué puede decirme para justificar su presencia en esta casa.

El intruso volvió a gemir.

—¡Me va... me va a romper la espina dorsal...!

CAPÍTULO IV

Muy habituado a aquellos menesteres, Findlay se inclinó y cacheó rápidamente al hombre que se debatía en el suelo.

—Bien, puede levantarse —ordenó el policía retirándose dos pasos.

—¡No puedo..., no puedo moverme! —murmuró el otro—. ¡Mi... mi espalda! He debido... romperme algunas... costillas.

Matt dejó escapar una risita zumbona.

—Eso no será nada comparado con las fracturas óseas que va a contabilizar al final de nuestra conversación —advirtió Findlay, indiferente.

El hombre se incorporó de espaldas y se apoyó sobre una mesa. Parecía abatido, y seguía quejándose, lastimero, por lo que Findlay abandonó un tanto sus precauciones y bajó el cañón de su pistola.

El intruso debió ver reflejada su imagen en el cristal de la vitrina, porque de repente se volvió y saltó contra él con agilidad sorprendente.

El cabezazo podía haber dejado al policía fuera de combate.

Pero Matt Findlay era un hombre preparado para cualquier contingencia, y aunque la repentina acción de su contrincante le sorprendió, sólo tuvo que alzar una rodilla y golpear con tremenda efectividad la mandíbula de su enemigo.

Se oyó un bramido profundo y ronco y el zanquilargo se desplomó por segunda vez sobre el piso perfectamente encerado.

Le tomó por los hombros, lo elevó de un tirón y le apoyó violentamente contra las estanterías de la biblioteca.

Ya alzaba el puño para seguir golpeándole cuando reconoció aquellas facciones demacradas, la larga nariz aguilena, los cabellos ralos y grises...

—¡Tom Russell! —exclamó muy sorprendido.

Le arrastró unos pasos, le dejó caer con violencia sobre una silla y aproximó el cañón de su pistola a la prominente nariz de Russell.

—Es curioso —exclamó—. Tenía entendido que éste era su día libre, mi querido Russell. ¿Cómo puede explicarse, entonces, su presencia en esta casa?

—¿Quién... quién es usted? —inquirió, aterrado, el mayordomo de Carlin.

Findlay quitó con un movimiento rápido el seguro de la «Magnum».

—¡Es... espere! —gimió el mayordomo, la frente perlada de sudor—. ¡Se... se equivoca si piensa que yo maté al señor Carlin!

—Yo no dije que usted lo matase —observó Findlay con voz fría. Russell se agitó, muy inquieto.

—¿Cómo... cómo podría demostrárselo? —balbuceó—. Créame, soy... ¡soy incapaz de matar una mosca! La verdad es...

—¿Cuál es la verdad? —exigió el policía, inflexible.

—Yo..., no lo maté. Lo puedo probar..., ¡tengo una coartada! Estuve jugando una partida de póquer con otros tres amigos hasta... hasta hace unos diez minutos. Cuando... cuando entré en esta casa, míster Carlin estaba muerto, frío ya... ¿No lo comprende? ¡Soy inocente!

—Reflexione, Russell —le atajó el policía—. Si Usted es inocente, yo soy Liza Minelli. Su actitud, cuando le he sorprendido, era la de un ladrón. ¿Qué buscaba exactamente?

Russell se tranquilizó. Palpó con exquisito tacto el enorme chichón que había comenzado a inflamarse en su occipucio y confesó:

—Tiene usted razón, señor. Concebí la idea de robar el libro cuando penetré en el estudio y advertí que míster Carlin estaba muerto.

—¿Robar un libro? ¿Qué libro?

—*Cómo conseguir bellas plantas de jardín en cualquier época del año* —respondió inesperadamente Russell.

Findlay lanzó una exclamación poco ortodoxa.

—Está loco, Russell, si cree que me voy a tragar ese cuento. Dice que volvió subrepticamente a la mansión Carlin..., ¿sólo para robar un libro? —preguntó, escéptico.

—¿Por qué ha dicho *subrepticamente*, señor? Adivino que es usted un policía, a juzgar por su aplomo. Créalo, no entré subrepticamente, aunque es cierto que no esperaba encontrarme con... con...

—¿Con quién?

—Con el... «fiambre», señor. Utilicé para entrar *la vía de la discreción*, como la llamaba mi difunto señor Carlin.

Findlay le miró, profundamente intrigado.

—¿Qué diablos es eso de «la vía de la discreción»? —preguntó.

—El antiguo túnel de carga de la carbonera. Hoy ya no se emplea carbón, sino fuel-oil,

pero míster Carlin utilizaba el túnel como salida de emergencia, cuando quería pasar desapercibido. Me lo confió cuando entré a su servicio hace algo más de un año, si bien me pidió que lo mantuviese en secreto. El túnel va a parar a un callejón solitario, sin salida. Usted posiblemente conoció a míster Carlin. Tenía gran partido entre las damas. Para cuidar su reputación, ideó esa forma de salir de su casa: hizo construir una escalera y amplió la ventanilla de aprovisionamiento de carbón. La utilizaba muy a menudo.

A pesar de todo, Findlay dejó escapar una risotada divertida.

—Muy bien, Russell. Siga con su historia hasta el final —le animó.

—Pues... Cuando vi muerto a míster Carlin decidí huir.

—¿Por qué?

—Verá, señor: tengo antecedentes penales. Hace algunos años..., ¡jejem!, me apropié de algunas cosas en casa de mi anterior señor, un famoso actor de cine que vive en Beverly Hills. Tuve que cumplir condena, ¿entiende? Temí que me acusasen de la muerte de míster Carlin y decidí que lo mejor era poner algunos centenares de millas de distancia entre esta ciudad y mi modesta persona, Pero no antes de hacerme con el manual de jardinería. Con toda sinceridad, debo reconocer que se lo había pedido insistentemente a míster Carlin. Pero mi amo lo tenía en gran aprecio, porque no cedió a regalármelo. Muerto él, ¿para qué lo necesitaba? Cuando usted entró, yo estaba buscándolo. Inexplicablemente, el libro ha desaparecido.

—Todo esto es absurdo —rezongó—. Incluso dando por cierto que su afición por la jardinería sea tan exagerada, ¿no podía adquirir un ejemplar de esa obra en cualquier librería especializada?

Russell frunció los labios en un rictus de impaciencia.

—¡Oh, usted no lo sabe! *Cómo conseguir bellas plantas de jardín en cualquier época del año* fue escrito por Art Kinley, el mejor especialista en jardinería. Fue una edición «príncipe», que él mismo financió, y constaba sólo de quinientos ejemplares numerados. Hace mucho tiempo que trato de conseguir ese volumen, que no se encuentra a la venta en librerías, ¿comprende?

Del exterior llegó un rumor de conversaciones excitadas. Comprendiendo que acababan de llegar a la mansión Carlin los hombres de su grupo, Findlay miró, malhumorado, a Russell y dijo:

—Comprendo que se va a ver en serias dificultades si no me dice algo más revelador, amigo. Vamos, póngase en pie y salga.

Russell volvió a desorbitar los ojos.

—¿Adónde me lleva? —preguntó inquieto.

—A un lugar donde no podrá desplegar sus aficiones de jardinero, Russell, Salgamos.

* * *

A las doce, Perkins bajó al blanco vestíbulo y se entrevistó con Matt Findlay.

—¿Nada? —preguntó éste ansioso.

Perkins se encogió de hombros, cansado.

—Nada. Hemos vuelto la casa al revés. Es cierto que Carlin habilitó la carbonera como vía de escape. Pero no hemos encontrado nada importante. Ni siquiera en la biblioteca.

—De acuerdo —decidió Matt—. Que abandonen la búsqueda y precinten las puertas. Seguir aquí, sería perder el tiempo.

Se sentía malhumorado, impaciente. Y Findlay se volvía muy peligroso en tales circunstancias, porque aunque trataba siempre de disimularlo era un verdadero temperamental y sus reacciones pecaban en ocasiones de violentas.

Tom Russell había sido sometido a interrogatorio en la sede de los servicios. Pero los hombres que le habían sometido a aquel

«masaje» cerebral no habían conseguido nada nuevo.

Russell había confesado que intentaba robar un libro cuando Findlay le sorprendió. Pero negó sucesivamente todos los cargos que le hicieron.

Su coartada, por otra parte, era sólida: tres personas habían testimoniado que Russell había permanecido con ellos hasta las diez de la noche.

Lee Carlin había muerto entre las ocho y media y las nueve de la noche. Lo cual significaba que a Russell sólo se le podría acusar de intento de robo. El posible botín era de tan escaso valor, que cualquier juez le absolvería tras una leve reconvención.

Por tanto, Russell dormiría aquella noche en una celda y al día siguiente sería puesto en libertad.

Lentamente, los policías fueron abandonando la mansión de Lee Carlin.

El último en salir fue Matt Findlay. Cuando el cadáver de Carlin fue descendido hasta una ambulancia, Matt caminó pensativo hasta la calle.

Pensaba en la atractiva Kate Cheng-Lai y el grueso libro que llevaba en su mano izquierda.

Aquel volumen, un manual de jardinería, había pertenecido al recién fallecido Lee Carlin.

Russell había demostrado un desmesurado interés por obtener aquel libro. Al igual que Kate Cheng-Lai..., sólo que ella había tenido mayor suerte.

—Dudo mucho que ese interés se deba, simplemente, a la afición de ambos por la jardinería —resumió.

Era más de media noche cuando subió a su coche y abandonó la mansión situada en Wilshire Boulevard.

Cualquier funcionario del Estado hubiera dado por terminada su prolongada jornada, pero a Findlay la inquietud que sentía le impedía posponer el asunto para el día siguiente.

Mientras conducía hacia Bahía Street fumó un par de cigarrillos.

En la calle Bahía se encontraba la residencia Lohu, para jóvenes estudiantes.

Precisamente en Lohu se alojaba Kate Cheng-Lai.

La residencia estaba regida por un chino llamado Regis King. Un hombre siempre sonriente y plácido, entrado en carnes, auténtico

remedo viviente del orondo Buda.

A aquellas horas, Regis King no se encontraba en Lohu.

En el pequeño mostrador de recepción montaba guardia un chino, joven y delgado, que usaba gafas y tenía el aspecto de un intelectual, el cual recibió a Findlay con una amable sonrisa.

—Lo siento, señor. La señorita Cheng-Lai se ha retirado a descansar y duerme ya. No, no me atrevería a molestarla a estas horas. Escuche, ¿por qué no vuelve mañana? —respondió a la petición del policía.

Findlay exigió tajante:

—Tengo que entrevistarme con ella ahora mismo. De modo que será mejor que me diga el número de su habitación o iré registrando todas las piezas, una por una.

—Pero..., ¿no es posible, señor! —El joven chino había abandonado el mostrador y se aproximaba a Findlay—. ¿Por qué no vuelve mañana? Entonces, yo mismo le guiaré con mucho gusto hasta *miss* Cheng-Lai.

—¿Cómo voy a decírselo? —exclamó Matt, ya encolerizado—. No puedo esperar a mañana. Y voy a verla ahora mismo.

Ya se disponía a acercarse a la escalera del final del vestíbulo, cuando el chino interpuso una pierna entre las suyas.

Findlay perdió el equilibrio y se fue al suelo de cabeza. Sin embargo, antes de chocar contra el piso, arqueó la espalda y dio una espectacular voltereta que le ayudó a recuperar velozmente la posición vertical.

Un segundo después, el diminuto se lanzaba contra él, intentando alcanzarle en el rostro de una patada.

Matt apresó su tobillo, se lo retorció y empujó con fuerza, proyectando al joven por encima del mostrador.

Sonó un gran estrépito y la silla que estaba tras el mostrador se convirtió en astillas.

Findlay se encogió de hombros y se dirigió a la escalera. Pero el chino era duro de pelar y volvió a la carga, fresco como una rosa.

Al pie de la escalera, los dos hombres se enzarzaron en una pelea brutal.

Findlay recibió un golpe en el cuello y sintió la respiración cortada.

Fue entonces, cuando ya el chino cabalgaba sobre él y se

disponía a introducir sus pulgares en los ojos de Matt, cuando alguien apareció en lo alto de la escalera.

—¡Quieto, Charlie!

Charlie dejó escapar el aire en un silbido y se puso en pie con gran agilidad.

También Findlay se incorporó y miró hacia las alturas.

La persona a la que Charlie obedecía como un corderito era Kate Cheng-Lai.

Vestía un lindo kimono sedoso, de color dorado, abierto a la altura del muslo, que contrastaba atractivamente con sus cabellos negrísimos, desparramados libremente sobre los hombros.

—¡Impresionante! —exclamó Matt, pasmado ante la hermosura de la mujer oriental.

Advirtió que Kate no parecía haber dormido, lo que contradecía la afirmación del joven chino.

Charlie, que aguardaba vigilante, elevó sus ojos hacia Kate y dijo:

—Supongo que conoce a este hombre, señorita Cheng-Lai... ¿Quiere que le deje pasar? —El chinito vigilaba al policía constantemente.

—Le recibiré, si no hay otra solución —accedió ella.

Findlay pasó ante el peligroso oriental y subió la escalera de tres zancadas.

En pos de Kate, penetró en la *suite* número ocho y se encontró en una amplia estancia deliciosamente decorada al estilo oriental.

Se volvió hacia la mujer y observó que tomaba una bolsa de hielo y se la aplicaba a la sien izquierda.

—¿Qué le ocurre? —inquirió.

Y viendo que ella no contestaba, la tomó por la barbilla y apartó la bolsa de hielo.

Kate tenía los negros cabellos manchados de sangre.

CAPÍTULO V

—¿Se cayó? —preguntó Findlay con su habitual indiferencia.

—No le importa —respondió Kate, esquivando.

Bruscamente, Matt puso el cañón de su pistola ante la nariz de la señorita Cheng-Lai.

—Debe empezar a entender que no estoy acostumbrado a recibir negativas, mi querida gatita. ¿Quién le produjo esa herida? —exigió brutal.

Los labios de Kate temblaron. Se sentía asustada.

—¡Aparte... esa pistola! —suplicó. Y confesó—: Esa ventana da a la terraza... Alguien penetró por ahí cuando me encontraba sentada en el diván, de espaldas. Me golpearon y...

—¿Le han robado algo?

—Nada. No puedo explicarme por qué...

Findlay desvió la mirada: sobre una mesita, junto a un moderno tocadiscos estereofónico, estaba aquel libro titulado *Cómo conseguir bellas plantas de jardín en cualquier época del año*, del admirado Art Kinley.

—¿Qué se propone? —exclamó Kate, abalanzándose sobre él.

Pero el policía había cogido ya el libro.

—Voy a llevármelo. Ése es el motivo de mi visita —respondió.

A través del kimono que vestía la jovencita sobresalía un perfecto muslo bronceado, que Findlay contempló de una ojeada fugaz.

—Es mío. ¡Devuélvame!

—Nada de eso. No es suyo: usted lo robó en la biblioteca de Lee Carlin —adujo Findlay.

—Se equivoca. Lee me había prometido el libro. Cuando descubrí su cadáver, recordé su ofrecimiento y lo recogí. No he

robado nada —respondió fogosamente la muchacha—. Usted..., ¡usted parece un maniático peligroso, señor...!

—Findlay, Matt Findlay.

—En fin..., ¡lléveselo! No quiero provocar un escándalo en la residencia. Aquí me consideran y me respetan —decidió ella.

Matt quedó muy sorprendido.

Esperaba que ella defendiera aquella pieza de museo con uñas y dientes, pero nada de ello ocurrió.

—¿Quiere..., quiere que avise a un médico? —preguntó él un tanto embarazado.

Kate vaciló un instante, pero finalmente respondió:

—No. Lo único que deseo de veras es que se marche, señor Findlay.

La expresión de los bellos ojos, de las exóticas facciones de la señorita Cheng-Lai era hermética.

Findlay retrocedió hasta la puerta, sin darle la espalda ni un solo momento.

Había girado el pomo y se disponía a salir, cuando se volvió a mirar a Kate:

—No creo que estuviese enamorada de Lee Carlin.

Kate, que se había vuelto de espaldas, se volvió bruscamente.

—Es usted repelente, Findlay. ¿Qué autoridad tiene para inmiscuirse en mis sentimientos? —respondió con gran ardor—. Sin embargo..., ¿en qué se basa para afirmar que yo no amaba a Lee?

—Es elemental: una mujer enamorada hubiera llorado abundantemente al conocer la muerte del hombre al que quería. Usted, por el contrario, sólo demostró interés por obtener este libro —explicó el policía.

Ella le dirigió una rabiosa mirada, cruzó la estancia y cerró la puerta en sus narices.

Por su parte, Findlay descendió al vestíbulo empuñando su pistola dentro del bolsillo de la chaqueta y preparado para afrontar cualquier sorpresa desagradable.

No ocurrió nada. Charlie sonrió y le despidió con un saludo cortés.

A las ocho y media de la mañana, Matt abandonó su casa de Glendale.

Llevaba un pequeño ramo de flores que dejó sobre el asiento contiguo al del conductor, en el interior de su coche.

A las nueve menos cuarto se detenía ante el cementerio de Santa Brígida.

El empleado encargado del camposanto le dio los buenos días, pero Findlay se limitó a corresponder con un gesto.

Siempre que venía al cementerio le ocurría algo similar: su entereza se derrumbaba, sus manos temblaban y amargas lágrimas afloraban a sus ojos.

Avanzó a través de un caminillo festoneado de amapolas y buganvillas.

Sexta calle, segundo cuartel, línea doce.

Allí estaba enterrado George, el pequeño y rubio George, su hijo, el único que había reñido.

George había muerto de una forma estúpida poco después de que Nancy y Matt se separaran.

—George, pequeño mío. —Murmuró Findlay arrodillándose al pie de la tumba y colocando las florecillas sobre la losa.

«George Findlay, 1968-1975».

Era lo que había sido esculpido sobre el granito.

—Siete años, querido George... ¡sólo viviste siete años!

Un terrible nudo de angustia se formó en su garganta.

George tenía el pelo rubio, unos picaros ojos dorados color caramelo, y una vitalidad inacabable que le impulsaba a correr, a gritar, a subir y a bajar durante todo el día.

El día 18 de agosto de 1975, George salió corriendo, como de costumbre, del *bungalow* que sus padres poseían en Glendale, cruzó la calzada y..., un camión acabó con su tierna vida.

—Nancy, Nancy..., ¡jamás podré perdonarte! —murmuró Matt Findlay, cerrados los ojos, sumergido en su dolor.

Su odio hacia Nancy se había ido exacerbando a lo largo de aquel año.

La odiaba por un doble motivo: porque ella había preferido a otro hombre y porque había dejado morir a George.

Llevaban tres años casados cuando Nancy pronunció aquella frase:

—Matt: debo confesarte algo.

—¿Qué es ello?

—Amo a otro hombre.

Matt alzó la cabeza, separando la vista del plato.

—¿Se trata de una broma? —preguntó atónito.

—No, Matt. Quiero ser sincera, porque odio las verdades a medias. Hace ya seis meses que conozco a Joss Holman. Estoy enamorada de él. Te suplico que seas razonable y accedas al divorcio —respondió Nancy.

Matt se alzó con tanto ímpetu de su asiento que las copas que había sobre la mesa se volcaron y el vino manchó el mantel.

—¡Y me lo dices así! —rugió, chispeantes de cólera los ojos—. Llevamos casados tres años, tenemos un hijo encantador, todo marcha perfectamente entre nosotros, y a boca de jarro le sueltas esta ducha de agua helada..., ¿estás enamorada del doctor Holman!

Recordaba a Holman: era el médico puericultor que cuidaba a George desde que naciera.

Joss Holman, un hombre de unos cuarenta años, de facciones bondadosas, afable, cordial, comprensivo..., había embaucado a Nancy.

—Te ruego tengas paciencia —habló Nancy—. He sido muy feliz contigo y con nuestro hijito, pero hace ya mucho tiempo que descubrí que no te amaba, mucho antes de conocer a Holman.

—¿Como puede ser? —exclamó Findlay dolorosamente sorprendido.

—Nos conocimos en anormales circunstancias, Matt. Gracias a tu condición de policía, me librate de un grave asunto. Me salvaste del deshonor, porque tú estabas seguro de que yo era inocente. Y ésa era la verdad. Nos hicimos amigos. Y un día tú me preguntaste si quería casarme contigo. Sentía una gran simpatía por ti y un profundo y sincero agradecimiento. Accedí. Confundí la amistad y el afecto con el amor...

—Un descubrimiento demasiado tardío, ¿no crees? —preguntó Matt secamente.

—Es cierto. Aunque comprendí pronto que no te amaba, continué junto a ti, dispuesta a cuidarte y a dedicarte mi vida. Pero

cuando conocí a Joss Holman, me enamoré de él y comprendí que no podríamos seguir en las actuales circunstancias...

Matt sentía una profunda amargura, pero su amor propio no le permitía suplicar, implorar.

Sólo tenía un argumento.

—¿Y George? ¿Debe él pagar las consecuencias de que tú hayas descubierto tardíamente que no me amas? —expuso.

Nancy se retorció las manos desesperadamente.

—Los dos debemos protegerle, Matt. George comprenderá las cosas, más adelante —contestó ella.

Findlay abandonó la mesa y se refugió en su pequeño despacho.

Era un golpe terrible para él, que amaba apasionadamente a su esposa.

¿Tendría que ceder a sus ruegos, verla correr hacia los brazos de otro?

Matt hubiera dado su vida por Nancy. ¿No era suficiente?

Amargamente, sintiendo un terrible escozor en los ojos, reflexionó de bruces contra su mesa-escritorio.

Media hora después abandonó su habitación. Buscó a Nancy: ella estaba en la cocina, fregando la vajilla utilizada en el almuerzo.

—Puedes pedir el divorcio —pronunció con voz ronca—. No pienso mantenerte atada a mí contra tu voluntad.

Nancy le miró muy emocionada.

—¡Lo siento, lo siento, Matt! ¡No puedes imaginar te...!

Pero él la interrumpió con desusada brusquedad.

—Dime una cosa —pronunció—: ¿Me has sido infiel con Holman?

Las lágrimas brotaron abundantes en los ojos de su esposa.

—No. Te tengo respeto y me lo tengo a mí misma. Por lo demás, Joss es todo un caballero —murmuró.

Matt le dio la espalda.

—¡Lástima! —gritó—. Si tuviera la seguridad de que me has sido infiel, no tendrías que molestarte en plantear el divorcio... ¡Yo mismo recurriría al juez!

Matt acarició la losa que cubría la sepultura del pequeño George.

Un año atrás, se había sentido desolado cuando —tras el divorcio—, el juez concedió a su madre la tutela de su hijo.

—No te atormentes, Matt —le había pedido la propia Nancy—. George seguirá siendo tu hijo y lo tendrás contigo tanto tiempo como quieras. A pesar de que me ha correspondido la tutela, estoy dispuesto a compartir contigo la vida de nuestro hijo. George pasará un mes conmigo y otro contigo. Sólo tienes que venir a casa y recoger a George. Es el número 2065 de Sunset Boulevard.

—Enviaré a por mi hijo cuando me corresponda, porque espero no volver a verte jamás —respondió brutalmente.

En realidad, se sentía tan dolido que apenas comía ni dormía.

Dedicaba todo su tiempo a su profesión, como única medicina que pudiese curar su desesperación.

Luego..., el vaso de la amargura se había visto colmado con la muerte de su hijito, del entrañable George.

—Tú eres la culpable —acusó a Nancy en el funeral—. Tu deber era cuidarle, vigilarle, velar por su vida.

George no hubiera muerto si el juez le hubiera confiado a mi custodia.

Eran palabras muy duras y crueles.

Pero Nancy no dijo nada en su defensa, porque comprendía el lacerante dolor que sentía Findlay.

¿Cómo no iba a comprenderlo si ella misma se sentía al borde de la desesperación...?

Findlay acarició la losa de granito y se incorporó.

—George, hijito... —murmuró.

Cuando abandonó el cementerio, toda huella de debilidad se había borrado de su rostro: volvía a ser Matt Findlay, un duro policía.

CAPÍTULO VI

Workhand, el jefe del laboratorio, le tendió el libro.

—Lo hemos sometido a un examen minucioso, exhaustivo. No hemos encontrado nada interesante. Ni rastro de lo que buscabas, Matt.

—¿Estás seguro? —preguntó Findlay, decepcionado—. Absolutamente. El libro no tiene el menor valor —confirmó Workhand.

Era absurdo.

Meses y meses perdidos en la vigilancia de Lee Carlin y cuantas personas se relacionaban con el actor.

Miles y miles de dólares del presupuesto del Estado gastados inútilmente; miles de horas de trabajo de un equipo de expertos policías dedicados al contraespionaje, centenares de días dedicados con sacrificio a aquel *affaire...*, para nada.

Era la primera vez que Matt Findlay fracasaba. Y ello le llenó de amargura y de rabia.

Para Findlay no había dudas: Carlin había fotografiado cuidadosamente todas, las instalaciones atómicas de Estados Unidos.

En la opinión de Findlay, Carlin debía haber sido detenido enseguida. Pero su jefe inmediato, el SAC^[1] Herman Kelly, se negó rotundamente:

—A través de Carlin, se nos ofrece la oportunidad de desarticular una red de espionaje, Tenga paciencia, Matt.

Nadie tenía más paciencia que Findlay. Su paciencia y su mal humor eran las notas más características de su personalidad.

Pero ahora habría que rendirse a la evidencia: Lee Carlin se había llevado su secreto a la tumba.

El hombre que se había comunicado con Carlin poco antes de que éste fuera estrangulado —estrangulación, era el dictamen del forense—, no había aparecido, y Kate Cheng-Lai como Tom Russell habían sido cacheados con gran minuciosidad. Si a ello se agregaba que el palacete de Wilshire Boulevard había sido registrado por auténticos expertos, ¿qué era lo que quedaba?

—Mantener la vigilancia en torno a Mark Fisher —decidió.

Dio las instrucciones precisas a los agentes de su equipo y añadió que debía intensificarse la vigilancia de Kate Cheng-Lai.

No se produjo ninguna novedad durante toda una semana.

El miércoles siguiente, sin embargo, Findlay recibió una llamada en la División.

Se trataba de Tom Russell, contra el que no se había formulado ningún cargo, si bien estaba sometido a discreta vigilancia.

—Findlay al habla. ¿De qué se trata?

—Estoy arrepentido, señor Findlay. Le oculté algo que tal vez sea interesante para usted —declaró Russell.

—Explíquese.

—Me refiero al manual de jardinería. Si demostré tanto interés por hacerme con él, no se debió precisamente a mi vocación por la jardinería.

—¿Por qué, entonces?

—Señor Findlay: Lee Carlin ha muerto y yo estoy sin empleo y sin esperanzas de recibir ninguna indemnización. Soy pobre y seguramente no encontraré un nuevo empleo con facilidad, teniendo en cuenta mis antecedentes...

—Comprendo. Quiere dinero a cambio de su información...

—Soy muy modesto, señor. Con doscientos dólares me arreglaría.

—De acuerdo —respondió el policía, tras breve vacilación—. Tendrá los doscientos dólares. Dígame..., ¿cuál era su interés por el libro?

Russell dejó escapar un leve carraspeo.

—Permítame ver antes el dinero, señor Findlay. Si quiere, puede venir a verme a Santa Ana. Me hospedo en la pensión Orogrande, número cuarenta de Freemont Street. Discúlpeme, pero la vida me ha enseñado que no hay que fiarse de las promesas de los..., ¡ejem!, policías.

Findlay le maldijo mentalmente, pero aceptó aquella condición.

—Espérame, Russell. Estaré en Santa Ana dentro de una hora, aproximadamente —prometió.

Minutos después se ponía en camino. Sorteaba el tráfico con gran habilidad a lo largo de las dilatadas calles de Los Angeles, pero se sentía muy impaciente.

Al fin, su coche rodó a gran velocidad a lo largo de la autopista número cinco.

Conducía abstraído en sus pensamientos cuando advirtió el extraño fenómeno: los arbustos se agitaban violentamente en un círculo de unos cincuenta metros de radio a su alrededor.

Escuchó un potente zumbido trepidante sobre su cabeza.

Súbitamente, los cristales de las ventanillas de su coche se deshicieron en menudos fragmentos.

Cinco enormes garras de acero penetraron en el interior del automóvil.

Notó un leve tirón y..., ¡el coche perdió contacto con el firme de la autopista y se elevó rápidamente en el aire!

La sorpresa le impidió reaccionar durante los primeros segundos.

Y así cuando abrió la portezuela de su lado y trató de lanzarse fuera, el automóvil pendía ya a cuarenta metros sobre el vacío.

Findlay quedó paralizado por el pánico.

Entretanto, su automóvil seguía elevándose a ochenta, a ciento veinte metros sobre el suelo.

Las manos de Findlay temblaron un poco cuando aferró la portezuela y la abrió.

Miró hacia arriba y contempló el gran helicóptero «Sikorsky».

Su coche pendía de una fuerte cadena, al final de la cual estaban las garras articuladas semejantes a las empleadas por las grúas de los cementerios de automóviles.

«Voy a morir», pensó.

El helicóptero se dirigía hacia la costa del Pacífico.

—¿Por qué..., cuál es la razón de este atentado? —se preguntaba incesantemente el policía.

Sólo había una razón: su investigación en relación con Carlin estaba bien orientada y alguien comenzaba a sentirse inquieto.

¿Fisher, el dueño de las floristerías?

—No es el momento más propicio para resolver rompecabezas,

sino para intentar salvar la vida —se dijo.

Pero ¿qué podía hacer?

Tenía su «Magnum» en la mano y le sería fácil disparar contra el helicóptero, tal vez averiar su motor a balazos, pero ello significaría también la muerte para él, puesto que el aparato se estrellaría contra el suelo.

Volvió a asomarse al vacío.

El helicóptero volaba a unos cuatrocientos metros de altitud, en recta trayectoria hacia el mar.

Vio que las ruedas traseras de su automóvil seguían girando en el aire, pues, dadas las circunstancias, se había olvidado de cortar el encendido, y el motor seguía marchando.

Cortó el contacto y se agitó inquieto sobre su asiento.

«Me dejarán caer sobre el mar desde cuatrocientos o quinientos metros de altura —imaginó—. Si no muero reventado cuando el coche se estrelle contra la superficie, pereceré ahogado...».

Por otra parte, la costa del Pacífico estaba infestada de tiburones. ¿Qué esperanzas tenía de sobrevivir?

«Ninguna», se respondió a sí mismo.

Tenía una posibilidad de salvación, quizá: salir del coche, trepar al techo y sujetarse a las garras de acero antes de que aquéllas se abrieran y dejaran caer el vehículo.

Se aferró a la portezuela y echó el cuerpo fuera. Pero arriba, en el helicóptero, un individuo sacaba de cuando en cuando la cabeza y le mantenía bajo vigilancia.

Sobre el piso del vehículo se produjo un tintineo. Findlay se inclinó y vio las dos botellas de cerveza vacías.

La idea surgió rápidamente, por sí sola.

Findlay puso las dos botellas sobre el asiento, buscó una llave inglesa en la bandeja bajo el tablero de instrumentos y, de un seco golpe, destrozó el cristal parabrisas.

El viento alborotó sus cabellos, pero a Findlay le traía sin cuidado su cabellera, en aquellos instantes.

Inmediatamente dio al pulsador que elevaba de forma automática el capot, tomó una de las botellas y sacó el cuerpo hacia adelante.

Cortó el conducto plástico de la gasolina, introdujo el extremo en la botella y dio al motor de arranque. En breves segundos,

Findlay había llenado las dos botellas de combustible.

¿Qué se proponía?

Sencillamente: preparar dos elementales «cócteles Molotov».

Se descalzó, arrancó los cordones de sus zapatos e introdujo algo más de la mitad, doblados, en cada botella de gasolina. Alrededor del extremo que quedaba fuera de la botella, lió tiras de su propio pañuelo hasta formar un cilindro del grosor aproximado de un tapón.

Cuando tuvo los dos «cócteles» preparados, se asomó al exterior.

Volaban ya sobre el Pacífico, una milla adentro.

Le costó gran trabajo encender su mechero, pues el viento era fortísimo, pero finalmente la mecha de quince centímetros prendió.

Agarrado a la portezuela del coche, con el cuerpo fuera, lanzó el «cóctel» con toda su fuerza hacia arriba.

El zumbido del helicóptero ahogó la explosión. Pero la botella, destrozada por las palas, se inflamó y una gran llamarada se extendió sobre el helicóptero.

Sin perder tiempo, Findlay tomó la otra botella, alcanzó el capot y se sujetó sobre las garras.

Suponía cuál iba a ser la primera reacción del piloto del helicóptero: accionar las garras para soltar el automóvil.

En efecto, se oyó un leve chirrido y los potentes garfios articulados se abrieron y el automóvil desapareció bajo sus pies.

Findlay no miró hacia abajo: vigilaba hacia arriba, sujetándose fuertemente con los muslos a la gruesa cadena de duraluminio, al tiempo que trataba de prender la mecha de su segundo «cóctel».

La llama abrasó su mano en el momento en que la cabeza de un hombre se asomaba desde lo alto.

Incluso llegó a ver la metralleta que aquel individuo trataba de sacar a través de la ventanilla...

Findlay, sujeto con las piernas y la mano izquierda, lanzó su segundo «cóctel».

Una llamarada envolvió el lateral derecho del aparato. Salpicaduras ardientes cayeron sobre Findlay, pero el fuego no llegó a prender en sus ropas.

Sacó la pistola y aguardó vigilante, sin perder de vista un segundo la carlinga del helicóptero.

El aparato perdió altura considerablemente y su piloto, en un

esfuerzo desesperado, lo dirigió hacia tierra.

Como en un *travelling* cinematográfico, Findlay vio acercarse velozmente la costa.

A cincuenta metros de la orilla, el helicóptero seguía ardiendo a llamaradas y volaba a poco más de quince metros sobre las aguas.

¿Para qué esperar?

De un momento a otro el helicóptero iba a estrellarse contra los acantilados.

Findlay se soltó de la cadena y se dejó caer.

Su cuerpo elevó un surtidor de agua al zambullirse. Se hundió profundamente e incluso sus manos llegaron a rozar el fondo, pero taloneó con fuerza y volvió a la superficie.

Sus pulmones se hincharon de aire fresco y salmo. Durante un minuto se mantuvo sobre las aguas, sosteniéndose con el taloneo de sus pies descalzos, hasta que recuperó la respiración.

Miró hacia la costa.

En un área de ochenta metros, el acantilado ardía a llamaradas.

Entre el fuego se podían apreciar los restos del helicóptero: un fuselaje retorcido, destrozado, negruzco.

Parecía evidente que el aparato se había estrellado contra el acantilado y su depósito de combustible había estallado, regando de ardiente gasolina un gran tramo de la costa.

Findlay nadó lentamente hasta alcanzar la orilla.

En pocos minutos, el fuego se había extinguido y apenas una delgada columna de humo se elevaba de entre los restos del helicóptero.

Ascendió, tambaleante, a través de los lisos acantilados hasta alcanzar el talud.

Descubrió un cuerpo destrozado en el fondo de una grieta. El cadáver carecía de la cabeza y sus ropas estaban parcialmente quemadas.

Sin experimentar repugnancia, Findlay descendió hasta el fondo de la grieta y registró sus bolsillos.

No encontró nada importante. Ceñida al tronco del cadáver mediante una correa arrugada y casi carbonizada había una metralleta, de fabricación checoslovaca.

Abandonó la grieta y se aproximó a la chatarra ardiente en que había quedado convertido el helicóptero.

El cuerpo del piloto estaba todavía sujeto a su asiento, completamente carbonizado, inidentificable.

Perdió todavía unos minutos en inspeccionar los alrededores. Pero sólo pudo hallar trozos de planchas candentes, pedazos de hélice y fragmentos de metal regados entre las rocas.

«Habrà que retirar estos cadáveres», pensó.

No tenía una idea determinada del lugar en que se encontraba, aunque era fácil suponer que no debía encontrarse a mucha distancia de Santa Ana.

No quedaba otra solución que seguir escalando los acantilados hasta la cima y caminar a campo través hasta llegar a la carretera. Después, todo consistiría en detener el primer vehículo que pasara ante él.

Ya se disponía a continuar la ascensión, cuando escuchó el rumor que provenía del mar.

Una lancha armada del servicio de guardacostas se había detenido a cien metros de la orilla y sus tripulantes botaron un bote neumático. Dos de ellos tomaron los remos y bogaron hasta la orilla.

El mar aparecía muy bello, esplendente, a la una del mediodía.

Contemplándolo, a Findlay se le ocurrió un pensamiento grotesco:

«A George le hubiera encantado pasar un fin de semana en este bello lugar».

CAPÍTULO VII

—Se cansó de esperarle, señor Findlay —le informó Jane Sotillos, una joven chicana muy simpática—. El señor Russell salió a dar un paseo. Me encargó que le dijera que podrá encontrarle en Miranda's.

—

¿Miranda's?

¿De qué se trata? —preguntó el policía.

—Una bolera, en la calle Timbell, al sur de la ciudad. Vaya en su coche, si lo ha traído. Hay una distancia de tres kilómetros —recomendó amablemente la chica.

Findlay abandonó la pensión Orogrande fastidiado.

Cierto que había hecho esperar a Russell más de cinco horas, puesto que había tenido que redactar un informe en la División de Los Angeles.

Eran cerca de las seis de la tarde cuando se alejó de Freemont Street y cruzó la ciudad.

Había mucha gente en las calles. Grupos de personas conversaban perezosamente en los jardines o bajo la sombra de los parasoles floreados de los bares y puestos de refrescos, y los automóviles rodaban a escasa velocidad a lo largo de calles espaciosas con hileras de edificios de una o dos plantas.

Santa Ana era una ciudad muy agradable, absolutamente diferente de Los Angeles, donde todo el mundo demostraba una prisa exagerada por llegar a... ninguna parte.

La calle Timbell tenía unos dos kilómetros de longitud. Estaba dotada de anchas aceras y una zona ajardinada de unos diez metros separaba la calzada de los hotelitos con sabor meridional que se alzaban a uno y otro costado.

«A George le hubiera gustado vivir en un lugar como éste», pensó, mientras conducía a escasa velocidad a lo largo de la animada Timbell Street.

George, siempre George.

¿Por qué no?

George, aquel rubio niño de siete años había constituido para Findlay la razón principal de su vida; su orgullo, la síntesis de su amor paternal, de su entera realización como padre.

¿Y Nancy?

—Nancy nada importa —silabeó Findlay entre dientes.

Casi se pasaba ya de su punto de destino, cuando se desvió a la derecha y frenó bruscamente.

Miranda's

era un edificio bajo, de una sola planta, pero cuya fachada se extendía a lo largo de unos cuarenta metros.

Cruzó la calle. Junto a

Miranda's

había varios puestos móviles dedicados a la venta de helados, de golosinas o de maíz tostado.

Empujó una puerta de cristal e inmediatamente notó el fresco ambiente acondicionado del interior.

En las pistas de la bolera jugaban perezosamente varios jóvenes de tez muy bronceada. Pero ninguno de ellos era Russell.

Preguntó en el bar y le respondieron:

—¿Russell? Sí. Dejó recado de que se marchaba al Corralón, a ver una pelea de gallos.

Findlay comenzó a impacientarse. ¿Qué ocurría a Russell?

—Tiene miedo —era la única respuesta lógica.

Volvió a la calle y alguien le dijo que el Corralón estaba en el extremo opuesto de la ciudad.

Desconfiado ya, Findlay condujo ahora despacio, con los sentidos alerta, preparado para cualquier imprevisto.

Gastó dos dólares en un tíquet de entrada y entró. Dos centenares de vociferantes chicanos cruzaban apuestas alrededor del coso donde dos gallos se acometían fieramente.

Aquello era ilegal^[2], pero a Findlay sólo le interesaba entrevistarse con el escurridizo Russell, por el momento.

Le divisó en una de las últimas andanadas. Tenía un bote de

cerveza en la mano y transpiraba copiosamente.

Russell fue directamente al asunto.

—Tiene el dinero, supongo.

El policía le entregó disimuladamente doscientos dólares.

—Hable ahora —exigió.

Dijo que había sorprendido a Carlin en varias ocasiones contemplando el manual de jardinería con una lupa. Tenía en la mano izquierda una diminuta pinza, con la cual realizaba unos extraños movimientos sobre el papel que Russell no pudo desentrañar, pues el actor le despidió rápida y desabridamente.

—El señor Fisher se entrevistó conmigo. Me buscó en la cocina, para ser más exacto. Y me prometió mil dólares si robaba aquel libro y se lo entregaba.

—¿Es eso todo?

—Sí.

Matt Findlay abandonó enseguida el Corralón y emprendió el regreso a Los Angeles.

Se dirigió directamente a Glendale, ansioso por examinar el libro que había pertenecido a Lee Carlin.

Buscó una lupa en su despacho y sacó el libro de la pequeña caja de caudales empotrada a la cabecera de su lecho.

Una interjección brotó de sus labios al examinar las primeras páginas del volumen.

Según Russell, el actor fallecido era un hombre muy cuidadoso y sellaba con su nombre todos los volúmenes de su biblioteca, Findlay había examinado muchos de sus libros y comprobado las tres palabras impresas a tampón en las primeras páginas: «Propiedad: Lee Carlin».

Pero el tomo que tenía en sus manos carecía de aquel sello. Alguien le había dado el cambiazo, pero ¿quién?

Recordó entonces el ataque de que había sido objeto Kate Cheng-Lai. En principio, no había hallado explicación para aquel atentado, pero ahora el objetivo del intruso aparecía claro. No se trataba de robar nada, sino de cambiar un libro por otro.

A pesar de haber llegado a tal conclusión, Matt examinó cuidadosamente todo el libro. No sólo con el auxilio de la lupa, sino también sirviéndose del tacto.

Como Workhand, nada importante halló a través de las páginas

del manual de jardinería.

A las diez de la noche, Findlay aguardaba en el interior de su coche frente a la residencia Lohu.

Tuvo que esperar algo más de media hora antes de ver aparecer el pequeño automóvil deportivo de Kate Cheng-Lai.

Ella estaba cerrando el coche cuando Findlay apareció a su espalda.

—¡Usted! —Se asustó Kate.

—Tranquilícese... Sólo vengo a devolverles algunas cosas de su propiedad.

Kate le miró recelosa.

—¿De qué se trata?

—Su libro. —Matt se lo entregó—. Ya no lo necesito. Y sus mil cien dólares.

Indecisa, ella tomó el dinero y le miró, muy sorprendida.

—¿Es una trampa? —exclamó—. Creo que es la primera vez que un chantajista devuelve su botín.

—No soy un chantajista, señorita Cheng-Lai, sino un policía.

Findlay le mostró su credencial que confirmaba su declaración.

—Bien —suspiró ella, más tranquila—. Prefiero saber que es un policía en lugar de un vulgar estafador.

—Lo celebro. ¿Le importaría tomar algo en mi compañía?

—Es tarde. Y debo repasar varios temas antes de retirarme a descansar —respondió Kate.

—¿Estudia? —preguntaba Findlay interesado.

—Pronto obtendré la licenciatura en Ciencias Sociales y volveré a Hawai —exclamó ella, con genuino orgullo.

—Insisto en mi invitación, señorita Cheng-Lai. Me gustaría borrar la detestable impresión que le causé, a raíz de la muerte de Lee Carlin. Son poco más de las diez y media. Por otro lado, sólo la retendré media hora. ¿Acepta?

Kate dudó aún, pero finalmente se decidió.

—De acuerdo, puesto que parece tan interesado. Por otra parte, tratándose de un policía, me sentiré más segura —respondió.

Cruzaron la calle y se acomodaron en el coche de Findlay. Ya dentro, Findlay se volvió bruscamente y acarició sus cabellos allí donde un esparadrapo, disimulado por los negros cabellos, señalaba la herida en la sien de Kate.

Kate, que se había asustado, respiró más tranquila.

—¿Duele? —preguntó Matt desusadamente amable.

—No es nada. Apenas una pequeña y aparatosa brecha. Sin embargo...

—¿Qué...?

—Me siento muy inquieta desde anoche —confesó Kate.

—¿Qué ocurrió anoche?

—Un desconocido me asaltó cuando llegaba a la residencia Lohu. Me empujó brutalmente contra un oscuro callejón y me intimidó con un revólver. Creí que se trataba de un atraco o de un asalto sexual, pero aquel individuo se limitó a cachearme rápidamente y a registrar mi bolso, que me devolvió enseguida, intacto, tras lo cual se alejó con una veloz carrera. Finalmente, esta mañana...

Kate había recibido una llamada telefónica, en su *suite* de la residencia Lohu.

—En principio imaginé que era usted, pero el tono de voz era menos grave, más atiplado.

—¿Quién era?

—¿Cómo puedo saberlo? Desde luego, era un hombre, pero no se identificó. Dijo: «Se encuentra usted en grave peligro, señorita Cheng-Lai..., a menos que se preste a colaborar». «¿Cómo?», pregunté. «Entregándonos el otro tomo del manual de jardinero de Kinley, que tomó de la biblioteca de Lee Carlin».

—¿Es que había varios tomos de esa obra en casa de Carlin? —preguntó Findlay, interesado.

—No tenía ni idea de ello, y así se lo hice saber a mi misterioso interlocutor, pero él respondió: «Necesitamos el tomo auténtico. Déjelo junto al teléfono en su *suite* o sufrirá un accidente que puede costarle la vida».

—¿Por qué no denunció el hecho a la policía? —preguntó Findlay.

—¿No cree que ya he sufrido bastantes contratiempos desde la muerte de Carlin? —exclamó Kate, dolida—. Me vigilan constantemente. Pero lo espantoso es que jamás sé si se trata de policías o de forajidos que puedan acribillarme a balazos en cualquier momento.

Parecía muy asustada, según pudo advertir Matt.

—No se preocupe —trató de tranquilizarla Findlay—. Mis hombres la vigilan y ellos impedirán que nadie se acerque a usted.

—¿Cómo anoche, cuando un desconocido me asaltó a pocos pasos de aquí..., o como la noche en que usted mismo vino a quitarme el libro que ahora me devuelve? —el reproche latía en sus vibrantes palabras.

—La protegeremos efectivamente —prometió el policía—. Confíe en mí. Ordenaré a uno de mis hombres que vigile constantemente su habitación, mientras otros controlan la entrada de visitantes a la residencia.

Findlay puso el motor en marcha y arrancó. Se detuvieron en una cervecería de Balboa Street y pidieron sendas jarras de cerveza.

—Kate —dijo Findlay de repente—. ¿En verdad estaba enamorada de Lee Carlin?

Ella le miró, asombrada.

—Pues... Yo creí que estaba enamorada, pero han transcurrido los días y confieso que no siento una pena profunda y lacerante. Ahora sé que más que enamorada de Lee, me sentía deslumbrada por su fachada de hombre viril y su aureola de conquistador —respondió Kate en un susurro.

Matt no hizo ningún comentario. Contemplaba, admirado, el bellissimo perfil de la mujer que se sentaba a su lado.

—He pensado mucho en Carlin durante los últimos días —siguió diciendo ella—. No podía creer que él hubiera realizado espionaje a favor de los enemigos de este país. Yo no sabía que el motivo principal de sus fotografías y sus filmaciones fueran las instalaciones de defensa atómica, pero empiezo a comprender lo que sus secretos han despertado tanto en ustedes como en otras personas a las que desconozco. Sinceramente, Findlay: me siento asustada.

Pocos minutos después, Matt dejaba a Kate en la residencia Lohu.

—Llámemme a este teléfono si se encuentra en peligro. Yo acudiré inmediatamente —advirtió, tendiendo una cartulina a la joven.

—Gracias —susurró ella. Y se alejó.

CAPÍTULO VIII

Matt volvió del cementerio a las nueve.

El teléfono sonaba impaciente, cuando penetró en su casa.

—¿Findlay? ¡Soy Kate Cheng-Lai!

—¡Kate! —exclamó el policía—. ¿Le ocurre algo?

—Tranquilícese, estoy bien. Sin embargo, quería ponerme en contacto con usted para comunicarle algo muy extraño.

—Hable, por favor.

—Se trata del libro que me devolvió. Lo dejé anoche junto al teléfono, poco antes de acostarme...

—¿Y...?

—A pesar de que dejé cerradas puertas y ventanas, el libro ha desaparecido —le informó la joven.

Findlay no dijo nada durante unos segundos.

—Bien —exclamó, al fin—. Tal vez ahora la dejen tranquila, Kate.

—No estoy tan segura de ello..., si ese tomo carece de interés. Recuerde que usted parecía muy interesado en él, pero... me lo devolvió voluntariamente ayer mismo.

—Confiemos en que nada ocurra, Kate. No deje de llamarme en cuanto note cualquier cosa sospechosa. Iré a verla en cuanto pueda.

—Le agradezco su interés, Matt. Y ¿sabe una cosa? Empiezo a sentirme ansiosa por verle. Debe ser que me siento protegida en su compañía.

Findlay se humedeció los labios con la lengua.

—Sí, eso debe ser —respondió. Y colgó.

Sacó de su caja fuerte el tomo de *Cómo conseguir bellas plantas...*, etc., que la noche anterior había encontrado en la mansión del difunto Carlin.

Había sido una corazonada: súbitamente había sentido el deseo de volver al palacete de Wilshire Boulevard a echar una ojeada.

Se había visto obligado a romper el precinto de la puerta, pero cuando Matt Findlay se proponía un objetivo no existían barreras que le impidiesen llegar hasta el final.

Había ascendido la escalera sin encender las luces, alumbrándose sólo con una pequeña linterna de bolsillo.

Cruzó el elevado pasillo-jardín y empujó la doble puerta del estudio semicircular.

Reflexionó: Carlin había muerto cuando aguardaba al misterioso Mark, su cliente. Era evidente que Carlin debía tener a mano el objeto de la transacción: quizá aquel manual de jardinería por el que tantas personas habían demostrado un desmedido interés.

Miró el sillón sobre el que había encontrado muerto al actor y la gran mesa tallada, muy próxima.

Caminó despacio alrededor de la mesa. Una losa de mármol produjo un apagado

«clac-clac»

al pisar sobre ella.

Findlay se inclinó, la palpó y comprobó que la losa se movía un tanto. Sacó un cortaplumas y tras varias tentativas consiguió extraerla.

¿Qué había debajo? Lo que suele haber bajo una baldosa: arena, residuos de cemento...

Ya se disponía a colocar la losa en su sitio, profundamente decepcionado, cuando se le ocurrió tocar aquella arena.

Los finos granillos de arena no estaban sueltos, sino firmemente adheridos a... un cartón del mismo tamaño de la losa.

Introdujo la hoja del cortaplumas, sacó el cartón y... ¡allí estaba el manual de jardinería..., cuidadosamente embutido en un hueco de, sus mismas dimensiones!

Tomó el libro en sus manos, muy excitado.

Abrió la tapa de piel y encontró el sello: «Propiedad: Lee Carlin».

Ahora estaba seguro de que aquel tomo era el auténtico. Pero aunque examinó cuidadosamente página por página, sus ojos no advirtieron nada fuera de lo común hasta..., que las yemas de sus dedos notaron una levísima diferencia en el espesor de una de las páginas.

Se guardó el libro en el bolsillo, dejó el cartón y la losa de mármol en su alojamiento, y abandonó el palacete de Wilshire Boulevard.

Había llegado el momento de extender las redes para inmovilizar en ellas al asesino de Lee Carlin.

* * *

Mark Fisher se volvió de un respingo al escuchar aquel rumor y a punto estuvo de gritar al ver aparecer entre las grandes hojas de los ficus al delgado individuo vestido de negro.

—¡Tallishin! —exclamó—. ¡Me ha..., me ha dado un susto de muerte!

—¡Cállese! ¿Es que no sabe que le vigilan constantemente? Vine al invernadero antes de que usted llegase. Dos hombres llegaron en pos de usted a bordo de un automóvil. Si quiere comprobarlo, sólo tiene que asomarse: es un «Rambler» azul —respondió Tallishin.

—No necesito asomarme. Sé perfectamente, que me vigilan. Y ésa es la razón de que todavía no haya encontrado lo que le interesa, Mihail...

—No me llame Mihail —advirtió su interlocutor con voz fría—. Me llamo Michael Tally.

—Como prefiera, Tallishin... Es decir, Tally. Le ruego que tenga paciencia. Ya le dije que encontré a Carlin muerto y que el libro no estaba allí. Pero estoy seguro que lo encontraré, de una u otra forma —se disculpó Fisher.

Tally movió la cabeza negativamente.

—Ya no necesitamos de usted, Fisher... —dijo.

—¿Cómo que no necesita...? —estalló Mark, estupefacto—. Fui yo quien reveló las películas de Carlin, quien...

—Debió quedarse con una copia y todo hubiera sido más fácil —advirtió Tally.

—Ya se lo dije: Carlin era desconfiado, sabía lo que hacía. Tuve que realizar el trabajo en su presencia. Y en cuanto obtuvo el microfilme, destruyó los negativos, quemó cualquier vestigio.

—Tanto peor para usted, Mark.

—Vamos, Tally, no sea injusto. ¿Quién le informó a usted acerca de la importancia estratégica de los documentos fotográficos

obtenidos por Lee Carlin? ¡Fui yo! —protestó vehementemente Fisher.

Tally sacó un largo y fino estilete, protegido por la penumbra.

—Es cierto. Pero ya no nos interesa usted, Mark. Ha conseguido atraer la atención de los servicios de contraespionaje y su compañía es peligrosa.

Mark retrocedió un paso, espantado.

A pesar de ello, todavía trató de defenderse.

—¡Está loco! —exclamó—. ¿Quién cree que puede ofrecerle lo que busca?

Tally rió en la oscuridad.

—Una persona mil veces más discreta que usted, amigo mío, y que domina poderosos recursos —informó.

—¿Quién es esa persona?

—¡Pero qué ingenuo es usted, Mark! Decididamente, no vale para este oficio. Naturalmente, no voy a decirle el nombre que le interesa, pero le aseguro que está fuera de toda sospecha y que obtendrá lo que me interesa...

—¿Entonces...? —preguntó Fisher, cada vez más inquieto.

—Doy por terminada mi relación con usted, aunque...

—¿Aunque?

—Teniendo en cuenta que ha realizado algunos gastos, hemos decidido compensarle de alguna forma. Tenga —dijo Tally, abriéndose paso entre los tallos de los verdes ficus.

Mark Fisher amaba el dinero y por ello cayó en la trampa.

No veía muy bien a Tally y alentó la esperanza de recibir algún dinero como compensación a la suspensión del trato.

Avanzó hacia Tally y... la finísima y afilada hoja del estilete partió su corazón de un solo golpe.

Su asesino tapó sus labios con la mano izquierda. Pero no era necesario: Fisher estaba ya muerto.

Con gran esfuerzo, pues Fisher era muy voluminoso, Tally arrastró el cadáver hasta la zona más umbría del invernadero y lo ocultó entre los altos y frondosos geranios.

Tally retiró el estilete, lo hundió en el húmedo mantillo para limpiarlo de sangre y lo introdujo en una fina funda de flexible piel.

Silencioso como un reptil, se deslizó entre los altos ficus y desapareció.

* * *

Algunas hormigas penetraban por la nariz de Mark Fisher...

—Pueden llevárselo dijo el joven ayudante del fiscal, impresionado.

Los camilleros pusieron el cadáver sobre una camilla y lo sacaron del invernadero.

—¿Qué? —preguntó Matt Findlay al doctor McFell, que buscaba afanosamente entre los tallos de las plantas.

—Era tan fino que ni siquiera llegó a sangrar —dijo McFell.

—¿Qué era fino? —quiso saber Findlay.

—El estilete con el que le atravesaron el corazón —respondió el médico—. En principio creí que se trataba de un fallo cardíaco. Tuve que desnudarle para descubrir el pequeño pinchazo que le causó la muerte. Era eso lo que estaba buscando: el estilete.

Perkins, que se encontraba a pocos pasos, hizo un gesto a Findlay.

—Mis hombres han buscado el arma, pero no la han encontrado. Únicamente han podido obtener unos vaciados de las marcas de los zapatos del hombre que pudiera ser el asesino.

McFell se limpió las manos en un pañuelo.

—Y, naturalmente, encontrar a ese tipo es cosa de usted, Findlay —barbotó el médico, un tanto amoscado.

—Eso me temo —respondió el policía, inexpresivo.

Pero interiormente se sentía muy satisfecho porque acababa de encajar una pieza en su particularísimo rompecabezas.

* * *

—No, no está —le dijo Bob Evans, segundo oficial del laboratorio—. El señor Workhand debía someterse a un chequeo clínico. Habló por teléfono con el SAC y se marchó. ¿Necesita algo, señor Findlay? Yo podría...

—Nada, gracias, Bob.

Pero Findlay se sentía muy preocupado. Deseaba entregar el manual de jardinería a Harry Workhand cuanto antes, pero el jefe del laboratorio técnico no volvería, probablemente, hasta el día siguiente.

Decidió volver a Glendale, tras redactar un sucinto informe para el SAC.

Hacía un calor agobiante. Por la mañana había caído un aparatoso chaparrón veraniego y ahora el sol caía con fuerza, con lo cual todo Los Angeles aparecía sumergido en una especie de baño turco.

Penetró en su casa, ansioso por ponerse bajo el frío chorro de la ducha.

Comenzó a desnudarse en cuanto cerró la puerta a su espalda.

Entró en la alcoba para tomar una toalla de baño y... contempló el lecho cubierto de cascotes.

Había un enorme hueco donde debería encontrarse la caja de caudales. Una gran grieta recorría en sentido oblicuo el muro.

La caja metálica, destrozada, yacía sobre la azulada moqueta del piso.

Por un momento, Findlay se encolerizó.

Pero, finalmente, acabó prorrumpiendo en una carcajada.

—Estúpido —murmuró.

Dirigió una ojeada a cada una de las habitaciones.

Luego, convencido de que estaba solo, tomó la toalla de un armario y se duchó tranquilamente durante quince minutos.

Se vistió sin prisas, tomó una cerveza fría y salió a la calle.

El sol se había puesto ya. Anoecía y un soplo de refrescante brisa marina le dio en el rostro y alborotó un tanto sus cabellos.

Apenas había ocupado su puesto al volante y se disponía a alejarse, cuando un gran «Ford» blanco se detuvo con brusquedad en la acera de enfrente.

Un hombre bien vestido corrió hacia él.

Matt sacó su «Magnum» y se previno.

Pero aquel hombre era el doctor Joss Holman, el esposo de Nancy.

Sus facciones bronceadas estaban crispadas y sus manos temblaban.

—Buenas noches, doctor Holman —pronunció Matt con voz fría.

—¡Por..., por amor de Dios, Matt! —jadeó Holman, casi asfixiado—. ¡Tiene que ayudarme!

Matt enarcó una ceja.

—¿Ayudarle, doctor Holman? ¿A qué y..., por qué? —exclamó.

—¡Nancy... Nancy ha sido secuestrada! —gimió el médico.

Matt le vio llevarse una mano a la nuca y retirarla manchada de sangre tibia.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, rota ya la barrera de hielo.

Con gran esfuerzo, Holman le explicó que alguien había llamado a la puerta apenas media hora antes.

—Tres hombres enmascarados me golpearon a culatazos en el estómago, en el pecho, en la cabeza —explicó Holman, entre jadeos y estertores—. Me dejaron en el suelo, quebrantado y sin sentido, y debieron sorprender a Nancy en la cocina...

»Nancy debió resistirse con todas sus fuerzas, porque la cocina estaba regada de fragmentos de vidrio y de cacharros abollados.

»Abrí los ojos cuando pasaron sobre mí en tropel, arrastrando a Nancy, a la que habían cubierto la cabeza con un saco. Quise incorporarme, pero me derribaron de una patada en el pecho. Uno de los enmascarados gritó antes de escapar: “¡Dígaselo a Findlay. Si quieren recuperar a Nancy, Findlay puede conseguirlo fácilmente! ¡Sigan esas instrucciones!”. Un papel revoloteó en el aire y cayó al suelo. Es éste. —Holman se lo entregó a Findlay.

Se trataba de una hoja de papel corriente en el que alguien había ido pegando palabras recortadas de algún periódico, que Matt leyó inmediatamente:

«ENTREGUE MANUAL JARDINERIA A JIM MATTERSON EN LA ESQUINA 199 NORTH SPRING STREET. MARCHESE. SI CUMPLE, NANCY VOLVERA A CASA VIVA. ENTREGA DEBERA REALIZARSE DIEZ NOCHE. NO POLICIA O NANCY MORIRA».

CAPÍTULO IX

La casa estaba situada a un kilómetro de la pista de carreras de Santa Anita.

Ocupaba una hectárea sobre la cima de una bella colina, incluyendo el pequeño bosquecillo de la vaguada y la zona verde anterior.

—Debe costar más de cien mil dólares —opinó Perkins, que permanecía tras el volante.

—Está dentro —murmuró Findlay—. No ha metido el coche en el garaje. ¿Lo ves, bajo los árboles? Es un «Buick», color crema.

—Sí —respondió Perkins—. Lo veo perfectamente. ¿Tiene..., tiene fortuna personal?

—No. Al menos oficialmente. Pero ya ves que ocupa una casa tan lujosa como la mansión de un millonario —respondió Matt.

—¡Dinero! —exclamó Perkins, entre admirado y despectivo—. ¡Podrido dinero!

—Voy a marcharme —anunció. Findlay—. Síguele en cuanto salga de aquí. Tú sabes cómo tienes que hacerlo todo, Perkins. En ti confío.

—No se preocupe, Matt, Me juego un almuerzo a que no se me despista —respondió alegremente el joven policía.

—Procúralo —suplicó Findlay. Y se apeó.

Anduvo aprisa hasta su coche, detenido doscientos metros más allá.

Abrió con un ademán enérgico y se dejó caer tras el volante. Arrancó y dio la vuelta en la espaciosa avenida del barrio residencial.

Mientras conducía volvió a recordar el rostro transido por el dolor y la angustia de Joss Holman.

—No lo entiendo, no entiendo una palabra de ese mensaje — repetía Holman, tan nervioso que Matt sintió compasión de él—. ¿Y usted, Matt?

—Sé lo que quieren.

—¿Lo tiene usted? —preguntó el médico, ansioso.

—Sí.

—¡Déselo, deles lo que pidan! —imploró Joss.

Matt le miró fijamente.

—No sabe lo que me está pidiendo, Holman —pronunció—. Se trata de secretos que pueden significar la destrucción para Norteamérica y para el resto del mundo. No está en mi mano entregar lo que piden los secuestradores, ¿no entiende?

Holman inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer? —gimió.

Findlay le vio estremecerse en violentos sollozos y notó que sus sentimientos hacia el médico se dulcificaban.

Pero inmediatamente recordó que Holman le había robado a Nancy, que Holman había sido la causa de su ruina y de su desesperación.

Y preguntó con dureza:

—Por otra parte, ¿qué argumentos puede usted esgrimir para animarme a ayudarles? Nancy nada significa ya para mí. Ella le escogió a usted, me abandonó para correr a sus brazos...

Eran duras sus palabras, capaces de elevar una muralla de incompreensión, quizá de odio, entre los dos hombres.

Pero Holman dijo:

—Nancy le lleva a usted diez años, Matt. Usted era demasiado joven para ella, ¿no puede comprenderlo? Cuando usted tuviera cincuenta años, ella tendría sesenta... Sería una vieja. Nancy comprendió que entre ustedes dos no existía futuro. No fue egoísta, sino generosa.

—Fue la culpable de la muerte de mi pequeño George —insistió Matt, rencoroso.

—¡Por el amor de Dios, Matt! George era un chico muy inquieto y vivaracho. ¿Puede usted asegurar que George jamás se le escapó de entre los brazos y salió corriendo en el momento más inesperado? Fue una desgracia, una enorme, trascendente desgracia, para los tres.

—¿Para los tres? —preguntó Matt, atónito.

—Yo también amaba a George, aunque no lo hubiera engendrado. Pero al asegurar que su muerte supuso una desgracia para los tres..., me refiero a algo distinto: Nancy no volverá a tener hijos, ¿comprende?

Findlay tragó saliva.

—No lo sabía —murmuró.

—Ella no quiso decírselo, pero cuando trajo al mundo a George, Nancy hubo de someterse a la extirpación de sus órganos genitales internos —dijo Joss con un hilo de voz.

Viendo que Findlay permanecía indiferente. Holman se retiró y abrió los brazos.

—¡Míreme, Matt! ¡Estoy temblando de miedo... por Nancy! No sé si usted la ama aún, pero Nancy lo es todo para mí. Si esos forajidos la matasen..., la vida no tendría ningún interés para mí... ¡Se lo ruego! ¡¡Ayúdenos!!

Matt arrojó lejos el cigarrillo que estaba fumando.

—Vuelva a casa, Joss, y no se mueva de allí. Voy a hacer todo lo que pueda por traerle a Nancy viva —prometió.

Holman fue a pronunciar unas palabras de agradecimiento, pero el policía apretó el pie sobre el acelerador y arrancó bruscamente.

Le molestaba ver a un hombre llorar o suplicar..., porque Findlay jamás había llorado ante los demás, ni tenía por costumbre suplicar.

Pero ¿a qué engañarse? La suerte de Nancy no le dejaba indiferente, ni mucho menos.

Quizá no la amase ya como unos años antes, pero aún sentía afecto por ella.

Ahora la suerte estaba echada.

Un paso en falso y... Nancy moriría asesinada. De ello estaba absolutamente seguro, por desgracia. Porque había poderosos intereses económicos de por medio.

—Dinero, podrido dinero —como había dicho el joven Perkins.

El dinero era capaz de corromper a los hombres más íntegros y honrados. El dinero podía tomar en podredumbre todo lo hermoso y limpio.

Se detuvo ante el cruce de North Spring Street y aguardó hasta que el semáforo lució en verde.

En la misma esquina estaba Jim Matterson, el ciego que vendía cigarrillos desde su carrito con ruedas.

Findlay arrancó y se desvió a la derecha. Frenó ante una tienda, dirigió una mirada a los alrededores y se apeó del coche.

Esperó hasta que pasaron varios automóviles y cruzó la calle hacia la esquina.

Un muchacho de color estaba comprando cigarrillos cuando Findlay se acercó al ciego. Aguardó hasta que el chico se marchó y susurró:

—¿Matterson? Soy Findlay. He aquí el encargo —y le tendió el libro.

El ciego lo tomó y lo ocultó bajo sus ropas, sin pronunciar una palabra.

Findlay volvió a su coche, arrancó y se alejó.

Conectó la radio inmediatamente y habló:

—¡Quincy, habla Matt Findlay! ¿Veis algo?

—Aquí Quincy. No hay novedad, Matt. Nadie se ha aproximado a Matterson —le respondieron.

—Está bien. Voy a dar la vuelta a la manzana lentamente. No perdáis de vista al ciego —recomendó.

—O. K... Matt —respondió Quincy, que vigilaba desde la terraza de un edificio próximo formando pareja con otro policía.

A quinientos metros del cruce, Matt se desvió a la derecha.

Súbitamente la voz de Quincy comenzó a sonar en el altavoz:

—¡Atención, Findlay, atención, Findlay! Quincy al habla. Acaba de ocurrir algo. Es... un chico. Se ha aproximado a Matterson y éste le ha entregado una bolsa de papel..., del tamaño del libro. ¡El chico ha emprendido la carrera! Ha entrado en... el cine Aldeman, a unos treinta metros de aquí.

—¿Qué esperáis? Abandonad la vigilancia y penetrad en el cine —ordenó Findlay, impaciente.

Condujo a gran velocidad para volver a North Spring Street, mientras Quincy le informaba de que Portley, que había permanecido en la calle disfrazado de clérigo, emprendía la persecución.

Finalmente Findlay frenó ante el cine Aldeman.

Quincy, Ball y Portley se reunieron unos minutos después con él.

Tenían tal aspecto de derrota que Matt hubiera sonreído de no

tratarse de un asunto tan grave.

—¡No digáis nada! —bramó, violento—. ¡Se os ha escapado!

—El chico tenía la entrada en la mano y no hizo otra cosa que entrar, atravesar el patio de butacas a la carrera, y... escapar por la escalera de incendios que da al callejón posterior —explicó Portley, desalentado.

—Estaba bien planeado —comentó Quincy—. Siento que...

—No vale la pena —gruñó Findlay—. Será mejor que detengáis a Jim Matterson y le interroguéis, aunque dudo que podamos sacar algo en claro de él.

El testigo de la radio destellaba en el panel de instrumentos cuando volvió al coche.

Descolgó el micrófono y escuchó la excitada voz de Perkins:

—¡Atención, Findlay, atención...! ¿Me recibe?

—Te escucho con claridad. ¿Qué ocurre? —habló Matt.

—Nuestro hombre acaba de abandonar el nido. Se dirige hacia Long Beach Freeway.

—Bien. No te acerques demasiado, pero no le pierdas de vista aunque tengas que cruzar por mitad de los jardines. Voy hacia allá. Permaneceré en contacto permanente contigo.

Conectó la sirena, se saltó el próximo semáforo y evitó de un volantazo la colisión con un autocar que brotó por su derecha.

Diez minutos después rodaba a lo largo de Long Beach Freeway, a la altura de Artesia Boulevard.

—Perkins al habla —volvió a comunicar la radio—. ¡Nuestro hombre ha torcido a la izquierda, por Imperial Highway...!

—Por esa dirección se llega al, aeropuerto internacional —respondió Matt.

—Tal vez..., ¡tal vez se propone escapar! —exclamó Perkins.

—No lo creo. Escucha, Perkins: voy a desviarme por el Artesia Boulevard hasta la carretera del puerto, con lo que ganaré tiempo. No dejes de estar en contacto conmigo.

—De acuerdo —aprobó Perkins.

Findlay torció a la izquierda sin importarle la señal de giro prohibido.

Fue una veloz carrera que le llevó a Imperial Highway en poco más de ocho minutos.

En el cruce de Hollywood Park, Findlay avistó el «Buick» color

crema al que perseguía Perkins.

—Estoy a tu izquierda, muchacho —advirtió—. Déjame que yo le siga y sitúate detrás de mí. ¿Me has oído?

—Perfectamente —respondió Perkins, cuyo coche estaba situado cuatro carriles a la izquierda.

Cuando los vehículos tornaron a ponerse en marcha, Findlay cruzó los carriles temerariamente, sin hacer el menor caso de los bocinazos que sonaban a su espalda.

Trescientos metros más adelante, el «Buick» crema se desvió a la derecha y aparcó delante de una gran furgoneta «Jeep», cuyas ventanillas estaban cubiertas por cortinas.

Findlay frenó bruscamente tras la furgoneta, mientras Perkins seguía adelante para no inspirar sospechas al hombre que seguían.

El hombre que descendió del «Buick» se cubría con un sombrero y velaba sus ojos con gafas oscuras.

Findlay, que había apagado inmediatamente las luces de su coche, apenas tuvo tiempo para escurrirse en su asiento y ocultarse.

El caballero de las gafas dirigió una rápida ojeada a su alrededor y se apoyó disimuladamente contra la parte posterior de la «Jeep» para encender un cigarrillo.

La voz de Perkins sonó en el altavoz en aquel momento y Matt tuvo que alargar una mano para bajar el volumen.

—Estoy dando la vuelta a la manzana, Findlay. ¿Instrucciones?

—El tipo se ha detenido tras una furgoneta «Jeep». Acércate, pero no espantes la caza —susurró Findlay ante el micrófono.

—Voy para allá.

Findlay oyó un portazo... ¡El individuo de las gafas oscuras había desaparecido!

«Le han abierto el portón de la furgoneta», imaginó Findlay.

Todo era extraño, misterioso. ¿Qué significaba la furgoneta?

«Podría ser... una cárcel sobre ruedas», pensó. Y él mismo se sorprendió ante aquella idea.

La voz de Quincy le llegó a través de las ondas:

—Estoy a cincuenta metros detrás de usted, Findlay. ¿Novedades?

—Nuestro hombre ha penetrado disimuladamente en la furgoneta. ¿Qué dirías de una celda volante?

—¿La «Jeep»? No sería mala idea, ahora que lo dice. Pueden

estacionar donde quieran y emprender la huida a la menor alarma.

—Eso es lo que pienso —murmuró Findlay, inquieto—. No pierdas de vista la furgoneta y permanece atento a mis instrucciones.

Findlay se irguió un poco, para vigilar el coche que tenía delante.

Pensaba en Nancy: aterrada, despavorida, tal vez..., muerta.

CAPÍTULO X

—¿Tally? —preguntó a través del hilo telefónico.

La silbante respiración de su interlocutor traslucía intensa cólera.

—Lo tengo, sí. —Tally estaba conteniéndose para no irrumpir en palabrotas obscenas.

—En tal caso, el dinero...

—¡Dinero, dinero! —Gruñó Tally—. ¡A usted, a todos ustedes sólo les interesa el dinero, la paga de Judas!

—Escuche, Tally, no...

—Escúcheme usted, mi querido...

—¡No pronuncie mi nombre!

—... Mi querido estúpido: había un microfilme cuidadosamente adherido en la página siete, muy bien disimulado bajo la línea veintidós. Lo he estado observando con gran cuidado: veo unas fotografías en las que aparecen ciertos edificios...

—En tal caso, es correcto.

—¡Es... una serie de fotografías de los bunkers nazis de la costa atlántica francesa, durante la segunda guerra mundial!

—¿Quiere decir que nos han... engañado?

—No. Le han engañado a usted, mi querido aprendiz de conspirador. Yo no he recibido lo que me interesa y por tanto usted no tendrá un centavo.

—Maldita sea, ¡no es posible!

—Le enviaré el microfilme y usted mismo podrá comprobar cuanto acabo de decirle... ¡Las fortificaciones costeras del Tercer Reich en Francia...! —exclamó Tally, rabiosamente despectivo.

Se oyó el clic del cierre de la comunicación. Tally no estaba de buen humor para alargar la conferencia telefónica.

Su interlocutor permaneció un instante pensativo ante el teléfono.

—Findlay ha cometido un gravísimo error —murmuró—. Se arrepentirá.

Tomó el sombrero y se cubrió los ojos con unas gafas oscuras de montura cuadrada.

Poco después conducía a gran velocidad hacia el aeropuerto internacional.

A menudo examinaba con gran interés a través del espejo retrovisor a los automóviles que rodaban en pos de su «Buick».

Por un momento, hubiera jurado que un «Rambler» azul le seguía a lo largo del Imperial Highway, pero al llegar al Hollywood Park el «Rambler» había desaparecido.

Más tranquilo, se dirigió velozmente hacia Green Park.

* * *

El barbudo muchacho acababa de rozar descaradamente a la mujer.

Nancy se retorció sobre sí misma y rodó sobre el piso metálico de la furgoneta.

—¡Calma, calma! —Gruñó el barbudo—. Te vas a hacer daño inútilmente. Vamos a ver: ¿no tenemos que estar tú y yo solos en esta lata con ruedas? ¡Diablos, no es nada del otro mundo intentar que el tiempo se haga más corto! No seas esquiva: Budd sabe ser cariñoso con las damas.

Budd intentaba continuar sus escarceos mientras Nancy se atragantaba de ira, de impotencia y de asco.

¿Qué podía hacer?

Habían atado sus brazos a la espalda, le habían puesto una tira de ancho esparadrapo en la boca y unido sus tobillos por el mismo procedimiento.

La habían golpeado para hacerla callar; sentía su cuerpo dolorido, casi paralizado por la prolongada inmovilidad.

Pero lo peor era la salvaje ansia sexual del barbudo Budd, que la acosaba constantemente con sus lascivas intenciones, con sus groseras palabras, con sus caricias torpes y rudas.

—¡Calla! —Gruñó Budd de repente.

Alguien golpeó con un objeto metálico el portón trasero.

—¡Es el jefe! —susurró Budd—. Tal vez haya decidido dejarte libre, pero antes...

Nancy le vio deslizarse despacio hacia atrás y pegar su oído a las planchas metálicas, hasta que se repitió la señal convenida.

Luego, bruscamente, Budd abrió una hoja del portón y un hombre bien vestido, que llevaba sombrero y gafas oscuras subió a la furgoneta.

Inmediatamente Budd cerró.

—¿Qué...? —preguntó, ansioso, al recién llegado.

—Mátala —escupió éste.

—Pero yo...

—Mátala —insistió el caballero de las gafas oscuras—. Ya sabes cómo hacerlo.

—¿Mi dinero? —Gruñó Budd, servil.

Los billetes revolotearon sobre las piernas de Nancy, que asistía, despavorida, a la conversación.

—Ahí tienes tu dinero. Mátala y haz desaparecer su cadáver. Si no cumplieses mi orden...

—La mujer me gusta, señor —afirmó Budd, que apenas podía disimular su ansiedad.

—No te pago para que te diviertas con ella, sino para que la elimines. Una vez muerta..., hazla desaparecer. Si no cumples... Bien, tú sabes que no podrías escapar con vida.

—La... mataré. Sé cómo hacerlo —prometió Budd, impasible.

—Quema su cadáver, después —recomendó el caballero de las gafas. Abrió el portón y desapareció.

Budd volvió a cerrar y miró a Nancy.

Luego, lentamente, con frío sadismo, se quitó el cinturón, muy delgado, de *nylon*, y comprobó su resistencia con dos bruscos tirones que restallaron como disparos en los oídos de la mujer.

—El que paga, manda —invocó Budd, como justificación.

Y se inclinó sobre Nancy y rodeó su cuello con el resistente tejido de *nylon*.

Nancy le dirigió una mirada suplicante, capaz de conmover a una fiera.

—No, nena —se burló Budd—. Ahora ya es demasiado tarde.

El cinturón se estrechó sobre el fino cuello de Nancy. Su

garganta pugnaba por expresar a través de un alarido la angustia, pero sus labios estaban sellados y sólo un estertor ahogado brotó de su nariz.

Una ráfaga de estampidos estrepitosos obligó a volverse a Budd.

El cierre del portón se desgajó espectacularmente.

Luego Matt Findlay vio a Nancy a la luz de la pequeña lámpara que lucía en el techo de la furgoneta.

Contempló su rostro crispado en un rictus agónico y... Budd fue proyectado contra las planchas del automóvil cuando cuatro o cinco disparos perforaron su pecho.

Matt subió y se inclinó sobre Budd. Comprobó que había muerto instantáneamente y se volvió hacia Nancy.

Dos lágrimas se desprendieron de los bellos ojos oscuros de la mujer.

Entonces, Matt dejó la metralleta y le desprendió suavemente el esparadrapo que tapaba su boca.

Cambiaron una mirada intensa y llena de emoción, pero no pronunciaron una sola palabra.

Luego Findlay la desató y la ayudó a descender de la furgoneta.

—Ven a mi coche. Debo enviar una llamada urgente por radio —dijo él.

La acomodó sobre el asiento, echó atrás la metralleta y tomó el micrófono en cuanto se dejó caer sobre el volante.

—¡Atención, central, atención! —pronunció.

Muy cerca, Nancy —que ya no se llamaba Findlay, sino Holman —sollozaba quedamente.

* * *

La noche era cálida y serena.

No brillaba la luna en el cielo, pero de las próximas aglomeraciones urbanas de la gran ciudad de Los Angeles llegaba un difuso resplandor que permitía vislumbrar la lujosa villa edificada sobre la loma próxima.

Lentamente, sin estrépito, llegaron los automóviles policiales y establecieron un cordón alrededor de la lujosa villa edificada sobre la loma próxima.

Perkins abandonó las tinieblas y vino hasta el coche de Findlay.

—Está ahí —afirmó, antes de que Matt formulara la pregunta.

—Esmeremos —respondió Matt.

—¿Esperar? ¿Por qué? ¡Sabemos que ese hombre es un traidor, un espía...! —protestó Perkins con juvenil vehemencia.

—El SAC Kelly estará aquí dentro de unos minutos. Prefiero que él supervise la operación —adujo Findlay.

—Está bien, pero...

—Fúmate un cigarrillo —recomendó Matt—. Es una noche deliciosa...

Un «Cadillac» negro se acercaba a unos cien metros. Sus faros se apagaron abites de que el coche se detuviera a pocos metros del de Findlay.

Herman Kelly se reunió con él inmediatamente.

—Matt, apenas puedo creer cuanto me dijiste por teléfono. Harry...

—Mire, Herman —habló Findlay, impaciente—. También a mí me costó un gran esfuerzo aceptarlo, en principio, pero tengo pruebas. Numerosas y clarísimas pruebas. Supuse que se iba a mostrar escéptico sobre la culpabilidad del hombre que habita esa lujosa villa de la colina y por eso le he hecho venir.

Kelly se pasó una mano por la ardorosa frente.

—Bien... ¿Cuál es su plan? —preguntó al cabo.

De alguna residencia próxima llegó el eco de un ritmo dulzón, muy a tono con la placidez de las primeras horas de la madrugada.

—Su coche tiene radio-teléfono, señor. Diga a la operadora que le ponga en comunicación con el 889-0.5-08. Pero hágame un favor: no empiece a hablar hasta que Perkins y yo lleguemos a la casa.

—¿Por qué? —quiso saber el SAC Kelly.

—Porque estoy seguro de que ese traidor intentará suicidarse en cuanto comprenda que está desenmascarado, perdido —respondió Findlay. Y agregó—: Supongo que sabe lo que tiene que decir a través del teléfono, señor...

—Lo sé Pueden marcharse. Háganos una señal con una linterna en cuanto estén dispuestos —pidió Kelly.

—De acuerdo. Vamos allá, Perkins —dijo Matt, tomando de un brazo al joven policía.

Perkins llevaba su metralleta colgando del hombro izquierdo y caminaba ágilmente sobre el césped en pos de Matt Findlay.

A Findlay no le gustaba lo que iba a hacer. Detestaba su profesión en aquel momento, a pesar de que entre sus compañeros de la Oficina Federal tuviera fama de duro, de cínico, de indiferente...

«Pero es mi deber», se dijo.

El cerco se había estrechado, la presa no podría escapar.

Así eran las cosas en la policía. Nada de triunfalismos, de satisfacciones, de felicitaciones públicas.

Peligro cierto, riesgo constante, jornadas de trabajo dilatadas, carreras suicidas a través de la ciudad, tragos amargos... Ésa era la verdad.

Avanzaron aprisa, cuesta arriba. Llegados junto a la moderna construcción, pudieron contemplar, a través de los visillos de un gran ventanal, la silueta del hombre que paseaba, muy inquieto, a lo largo del salón.

Findlay tomó la linterna y la encendió y la apagó varias veces.

Aguardaron junto a los muros de la casa.

Luego un teléfono repiqueteó al otro lado de los visillos.

CAPÍTULO XI

El hombre corrió a descolgar el aparato.

—¿Tally? ¿Es usted? —exclamó, ansioso.

—Buenas noches, Workhand. No, no soy Tally, sino Herman Kelly.

Workhand palideció. ¿Por qué había cometido el error de mencionar a Tally? ¡Los nervios, los malditos nervios!

—¡Señor Kelly! ¿Qué... qué desea de mí? Estaba...

—Está muy nervioso, Harry. Y yo sé por qué: es culpable.

—¡Señor Kelly! ¿Qué quiere decir?

—Seamos realistas, Workhand: el FBI posee pruebas contra usted. Será acusado formalmente del asesinato de Lee Carlin, del atentado contra Matt Findlay en la carretera a Santa Ana, y de mantener tratos con espías al servicio de nuestros enemigos potenciales —habló Kelly con dureza.

Workhand se tambaleó.

¿Cómo... cómo era posible que le hubieran descubierto si él no había cometido jamás el menor fallo?

—No trate de escapar, Workhand —advertía el SAC Kelly a través del teléfono—. Su casa está absolutamente rodeada por hombres del FBI. Le aconsejo que se entregue sin ofrecer resistencia, Caso contrario...

Pero Harry Workhand no pensaba en escapar.

Sabía muy bien que no podría burlar a la policía federal.

No se sentía con fuerzas suficientes para afrontar la detención, el proceso, el deshonor, la vergüenza y, tal vez, una condena a muerte en la silla eléctrica.

Nada extraño, puesto que en Estados Unidos comenzaban a dispararse las ejecuciones suspendidas desde hacía tiempo.

Lo mejor era un balazo en la sien.

—¿Me oye, Workhand? Quizá no esté todo perdido para usted. No puedo prometerle nada, pero...

Workhand no escuchaba ya a Herman Kelly.

Tenía la pistola en la mano, pero no poseía valor suficiente para apretar el gatillo.

Metió la pistola en el bolsillo y fue el fastuoso cuarto de aseo forrado en mármol jaspeado.

«Un tubo de comprimidos barbitúricos y media botella de *whisky* —pensaba—. He ahí la mezcla perfecta para escapar de las garras de los hombres que quieren atraparme. Cuando se cansen de esperar, subirán hasta aquí, pero sólo encontrarán mi cadáver».

Abrió un armario sanitario, buscó los comprimidos...

Ya había volcado el pequeño frasco en la palma de su mano y se disponía a ingerirlos, cuando Matt Findlay penetró en el aseo.

De un golpe en la muñeca de Workhand, los comprimidos saltaron en el aire y cayeron al suelo.

El suicida se revolvió tan furioso como una fiera, pero el joven Perkins saltó a su espalda, le retorció un brazo y le esposó con espectacular habilidad.

Workhand fue sacado del aseo a toda prisa e introducido en uno de los coches del FBI.

Le aguardaba una larga noche de verano en vela, sometido a continuos interrogatorios.

No fue necesario presionarle demasiado, porque se sentía completamente desmoralizado.

—No logro comprenderlo, no puedo entenderlo... —murmuraba constantemente, desde que llegaron a la oficina federal.

—¿Qué es lo que no puedes comprender? —preguntó Findlay.

—Obré meticulosamente, no cometí el menor fallo...

—No seas presuntuoso, Harry. No existe una sola persona en el mundo que sea infalible. Comencé a sospechar de ti cuando supe que tu casa de la colina valía casi doscientos mil dólares. Tu sueldo no te permitía un lujo semejante.

—Eso nada tiene que ver. Compré un boleto premiado, fingí que había tenido suerte en las carreras. La propiedad de mi casa estaba justificada...

—Pero había algo más. Cuando Tom Russell me citó en Santa

Ana, su llamada me fue pasada al laboratorio, donde me encontraba charlando contigo. Me dejaste solo..., pero en tu despacho existe una extensión del mismo teléfono. Escuchaste la conversación y decidiste eliminarme porque yo comenzaba a avanzar en la investigación.

—¡No lo hice yo! —protestó Workhand—. Me limité a pasar el recado a Tallishin...

—¡Tallishin! ¿Es ése el hombre al que pensabas vender el microfilme de Lee Carlin? —preguntó Herman Kelly, que asistía al interrogatorio.

—Sí. Como jefe del laboratorio, yo había supervisado todo el material filmado por agentes del FBI en relación con Lee Carlin y las personas que visitaban el palacete de Wilshire Boulevard. Adiviné que se trataba de un asunto muy importante y me puse en contacto con Mark Fisher, del que, con amenazas, conseguí obtener alguna información. Y así me puse en contacto con Mihail Tallishin, que se hace llamar Michael Tally en nuestro país.

—¿Por qué ese exagerado interés por el dinero, Harry? —inquirió Matt.

—Siempre me ha gustado vivir bien. Frecuentaba elegantes fiestas de Beverly Hills en compañía de los famosos. Yo era siempre el pobretón, pues mi sueldo no me permitía grandes dispendios...

—Ya. Pero hablemos de Lee Carlin —intervino el SAC Kelly.

—Yo estaba ya muy interesado en el asunto. En mis horas libres, rondaba continuamente el palacete de Wilshire Boulevard. Llevaba una radio con la misma onda de la que utilizaban Findlay y sus hombres. Aquella tarde escuché el aviso de Perkins: Carlin se disponía a vender a un tal Mark sus secretos estratégicos. Conocía la «vía de la discreción»: había visto utilizar aquel acceso a Carlin y a sus amigos. Y decid pasar a la acción.

—Mataste a Carlin, pero no encontraste el microfilme...

—Sí. Yo creí que el actor lo tendría en sus bolsillos, pero después de estrangularlo, no lo encontré. No podía perder el tiempo porque sabía que vosotros penetraríais poco después en el palacete. Así que escapé.

—Fuiste tú quien penetró en la residencia Lohd y golpeó a Kate Cheng-Lai para cambiarle el libro —afirmó Matt.

—Tú me diste la pista cuando me entregaste el manual de

jardinería para examinar. Adquirí un tomo del manual por cien dólares en una carísima librería especializada. Y lo cambié. Pero fue inútil: el microfilme tampoco estaba en aquel libro.

—También asaltaste a Kate cierta noche...

—Es cierto. Yo creí que ella estaba complicada, que poseía el tomo auténtico. Lamentablemente no fue así —confesó Workhand.

Herman Kelly se puso en pie.

—Bien, Workhand, creo que ha llegado el momento de que hablemos acerca de Tallishin, alias Tally —pronunció.

* * *

No bien acababa de conciliar el sueño, cuando zumbó el teléfono sobre la mesilla de noche.

Matt se sentía mortalmente cansado y nada hizo por descolgar el auricular, pero el aparato insistía e insistía.

—¿Quién es? —preguntó al fin.

—Lo siento, Matt. Adivino que estaba durmiendo, por el tono de su voz. Soy Joss Holman. No quería dejar pasar un minuto más sin decirle que jamás olvidaremos cuanto ha hecho por nosotros.

—¡Pero, Holman! ¿Me despierta para eso? —Gruñó Findlay, violento—. No he dormido en toda la noche, son las siete de la mañana, acababa de dormirme... Está bien, Joss, lo siento. A veces soy incapaz de disimular mi mal humor. Y no tiene nada que agradecerme. Me siento satisfecho de haber recuperado a Nancy y les deseo que ambos sean muy felices.

—¿Sin rencor, Matt? —Era la voz de Nancy la que resonaba ahora en su oído.

Matt sé hizo así mismo aquella misma pregunta: «¿No sientes ya rencor?».

—Sin rencor, Nancy. ¿Cómo podría odiar a una mujer tan generosa como tú?

—No sabes Cómo me llegan al corazón esas palabras, querido Matt —pronunció Nancy, con un trémolo de emoción.

—Creo... Creo que me comporté como un cretino al culparte de la muerte de George. Quizá lo hice instintivamente al sentirme tan terriblemente solo. En el fondo, Nancy, ahora empiezo a comprender que me sentía obsesionado por el recuerdo de nuestro

hijo. Quizá a partir de ahora las cosas empiecen a ser distintas. Nunca olvidaré a George, como tampoco podré olvidarte a ti, pero dejaré de visitar el cementerio cada mañana...

—¡Matt, Matt! Todo eso significa que estás cambiando mucho..., para mejorar. Y, de ese cambio, sólo puede ser responsable una mujer, otra mujer —afirmó Nancy.

—¿Una mujer? —Findlay se atragantó—. Bien, bien, Nancy: os llamaré de cuando en cuando. Ahora..., debo descansar.

Colgó el teléfono, pero le fue imposible conciliar el sueño de nuevo, a pesar de su fatiga.

«¿Una mujer? ¡Qué tontería...!», pensó.

El teléfono volvió a sonar.

Matt lo descolgó, malhumorado.

—¿Findlay?

—¡Kate! —Matt se incorporó sobre la cama al reconocer la voz—. ¿Está bien? ¿Ha ocurrido algo que...?

—Tranquícese, Matt. Parece muy excitado, ¿no? Todo va bien, no me ocurre nada malo: sólo quería charlar con usted. Le estuve llamando anoche, hasta la madrugada, pero nadie tomó el teléfono...

—Tuve mucho trabajo, Kate. He regresado a casa hace poco más de media hora —respondió el policía, dejándose caer sobre la almohada.

—¡Soy una estúpida! He debido interrumpir su sueño. Colgaré. Volveré a llamar más tarde, Matt.

—¡No! ¡Espere! —El propio Findlay se sorprendió de su vehemente reacción—. Creo que... debo decirle algo, Kate.

—Le escucho.

—Confieso que sospeché de usted, la creí cómplice de Lee Carlin. Pero ahora sé que es usted inocente.

—Bueno... Usted tenía motivos: mis vacaciones en compañía de Lee.

—De todas formas, me siento muy feliz sabiendo que no tiene nada de qué avergonzarse. Aquella noche, en el palacete de Wilshire Boulevard...

Matt escuchó la respiración entrecortada de Kate.

—Lo recuerdo —susurró ella—. Usted me... cacheó. Tuve miedo. Creí... creí que iba a matarme. Pero cuando encendió la luz y le

miré... ¡Bueno! Comprendí que no era un asesino, aunque se comportase como un chantajista.

—¿Sabe cuál fue mi primer pensamiento al verla, Kate? Pensé: «Es lástima que deba detener a una chica tan bonita». A veces, ¿sabe?, es muy dura la profesión de policía.

—Se está cayendo de sueño, Matt —observó Kate, comprensiva.

—Es cierto —respondió Findlay—. Pero mañana es decir, hoy, iré a verla en cuanto pueda, Kate.

—Le esperaré, Matt —respondió ella.

CAPÍTULO XII

—Se han besado —observó Chad Foster.

—Ya lo veo —murmuró Tallishin entre dientes.

Podía verlo con mucha claridad, puesto que, aunque su coche se encontraba a unos doscientos metros de la residencia Lohu, disponía de unos magníficos prismáticos para observar.

—¿Qué hacemos? —preguntó el corpulento Foster, impaciente.

Tallishin arrojó el cigarrillo de boquilla hueca por la ventanilla.

—Esperad a que él se marche —dictó—. Y luego subid y traédmela, No es necesario que llegue al yate viva. Sólo me interesa una cosa: hacerla desaparecer. Nada de violencias, Foster. Me gusta el silencio, la suavidad, los buenos modos...

Aguardaron unos minutos.

Luego Tallishin dijo:

—Id.

Foster y Chicook se apearon del coche y avanzaron acera adelante, hacia la residencia Lohu.

El hermético Tallishin ordenó al conductor que pusiera el coche en marcha y se alejó de aquella zona.

* * *

—¡Vamos, Charlie! —bramó Matt Findlay—. ¡Tiene que reconocerlos!

Finalmente, el joven chino de las gafas se decidió:

—Eran éste y éste —dijo, señalando con el dedo pulgar dos de las fotografías.

El yate se balanceaba rítmicamente al borde del muelle de embarcaciones deportivas.

A diez metros, un foco enviaba su luz blanquecina sobre las aguas que cabrilleaban en la dársena.

Mihail Tallishin se encontraba en el puente superior, aspirando con delicia la yodada brisa marina que soplaba intermitentemente.

Después de un día tórrido, ¿qué cosa mejor que respirar un hálito de aire fresco?

Tallishin arrojó su cigarrillo de boquilla hueca por encima de la borda y sacó un paquete de «Winston».

Decididamente le gustaban más los cigarrillos americanos.

Sacó uno, lo encendió y aspiró profundamente la primera bocanada. El humo azulado huyó veloz por la borda de babor, impulsado por la brisa.

Una música dulzona y rítmica brotaba de algún lugar próximo, e, inconscientemente, Tallishin siguió el ritmo con el pie.

Le agradaba mucho la cálida y dulce California.

Clima benigno, mujeres preciosas, buena comida, son risas, la mar azul y plácida y... un soplo de fresca brisa.

Tenía en la mano un largo vaso lleno de ron de Jamaica, Coca-Cola y tres Cubitos de hielo.

—Cuba Libre —pronunció en español, como saboreando las dos palabras.

¡Oh, aquellas noches espléndidas, claras y dulzonas, en la costa del Pacífico, muy cerca de Los Angeles...!

Tallishin daría algo de su vida por disfrutar durante algunos años de una vida tan agradable y pacífica.

Bellas muchachas rubias de cuerpo bronceado y sonrisa contagiosa...

Almuerzos sin prisas sobre el puente o bajo el toldo —al aire libre— de un restaurante. Mariscos, bananas, salsas, vinos generosos, conversaciones salpicadas de bromas y risas...

—Libertad —pronunció Tallishin, sin proponérselo.

Se irguió, tan rígido como si sus superiores estuvieran observándoles. Pero sus jefes estaban tan lejos...

Cierto que el submarino se aproximaba cada noche a cuatro o cinco millas de la costa, pero...

Una sonrisa amarga frunció sus delgadas y pálidas facciones.

Era como soñar con el Paraíso. Un paraíso que estaba prohibido a Mihail Tallishin.

—¿Por qué no? —se preguntó, en un alarde de rebeldía.

Tenía un millón de dólares, en buenos billetes americanos de curso legal.

¿Cuántas cosas se podían hacer en América con un millón de dólares?

Por la mente de Tallishin desfiló una brillante película de secuencias sin fin: fastuosos clubs de Las Vegas, exóticos hoteles de las Barbados o Hawái, las dulzonas melodías del sur, la dinámica vida de Nueva York, las salvajes montañas de las Rocosas, el sinuoso cuerpo del Mississippi...

La tentación era poderosa, picante, sugestiva.

Sólo tenía que tomar aquel millón de dólares y... desaparecer, mezclarse con la heterogénea masa de doscientos millones de norteamericanos.

En la tierra del dólar, cualquier cosa es posible mediante tersos o gastados billetes con la efigie de Lincoln o Washington.

Pero...

Mihail Tallishin estaba marcado por la disciplina, la obediencia y el terror.

Su ansia de vivir era muy grande, pero su temor era aún mayor.

Volvió a tomar, golosamente, un trago de su vaso.

Se volvió para ver deslizarse sobre la dársena una bella lancha a motor, que finalmente desapareció en la oscuridad.

—Me gustaría quedarme —murmuró en voz baja.

Pero Tallishin sabía que ello no sería posible porque no tenía valor suficiente para desafiar el peligro.

El, que sabía matar con toda frialdad, que siempre había obedecido rígidamente..., no sabría escoger el camino de la libertad.

Unos faros brillaron a un extremo del muelle, distrayendo sus pensamientos.

Un automóvil rodó despacio y se detuvo junto al yate.

Un hombre canoso, jorobado, que cojeaba ostensiblemente, se

aproximó al borde del muelle y le miró.

—¿Míster Tally? —exclamó con voz cascada.

Mihail se alzó de su cómoda hamaca.

No tenía miedo.

Cerca de él estaba Foster, aquel perro yanqui, peligroso y potente, que le hacía las cosas fáciles.

—Sí, soy yo —dijo—. ¿Qué quiere?

—Le traigo unas fotos —respondió el anciano.

¿Unas fotos? ¿De quién, de qué...?

—Me envía el señor Workhand —agregó el de los cabellos canosos, bajando su atiplada voz.

—¡Suba! —ordenó Tallishin. Y golpeó con su pie la cubierta para que Foster estuviera sobre aviso, desde el timón.

El viejo jorobado ascendió por la pasarela con gran esfuerzo.

—Acérquese —invitó Tallishin.

Le observó atentamente a la potente luz del poste de alumbrado del muelle...

—Deme las fotos —exigió.

El anciano avanzó dos pasos, cojeando, y dejó sobre la mesa media docena de copias fotográficas.

Tallishin dirigió una desconfiada ojeada a los muelles. Pero todo estaba en calma, ningún movimiento sospechoso a su alrededor.

Tomó una de las fotos, muy aumentada, y la miró con gran interés.

Inmediatamente, toda su indiferencia desapareció.

—¿Quién se las dio? —preguntó al hombre de los cabellos canosos.

Foster apareció en la escalerilla del puente. Tenía una «Ingram M-10» entre las manos, un arma mortífera, rápida y... silenciosa.

—¿Es usted míster Tally o no? —respondió el anciano, áspero—. Voy... voy a ganar unos cuantos dólares con esto, pero no quiero perder el tiempo. Le daré mi mensaje y me marcharé.

Tallishin le apresó de un zarpazo por los grises cabellos. Esperaba quedarse con una peluca entre los dedos, pero sólo consiguió arrancar algunos cabellos.

—Cálmese —recomendó al anciano, que había comenzado a gritar—. ¿Quiere beber algo?

El viejo dejó caer sus manos temblorosas sobre la mesa.

—Un... un *whisky*, señor. Pero quiero marcharme cuanto antes —murmuró.

—Se irá... en cuanto me haya dicho quién le dio estas fotos.

—Se lo dije: un hombre llamado Workhand: eso fue lo que él me dijo. Me dio cincuenta dólares y me encargó que le trajese las fotos. El le citará después, si usted está de acuerdo.

—¿Cómo sabrá Workhand que estoy de acuerdo? —inquirió Tallishin, cauto.

—No lo sé —respondió el anciano, perplejo—. Dijo: «Usted no se preocupe: yo estaré viéndolo todo».

Tallishin tomó un vaso y una botella del licorero y llenó el vaso hasta los bordes. El anciano lo tomó con una mano temblona, se lo llevó a los labios y lo apuró de un largo trago.

—Siéntese —dijo Tallishin.

Foster lanzó una silla de una patada. Las patas de la silla resbalaron sobre la cubierta y el viejo se dejó caer, sobre ella, jadeante.

Tallishin contemplaba las fotografías con gran atención.

De cuando en cuando murmuraba algo entre dientes y volvía a tomar sus gafas para examinar aquellas fotos.

—Son auténticas. Forman parte del microfilme —gruñó finalmente, dejando las fotos sobre la mesa.

Miró al extraño individuo que Workhand había escogido como mensajero.

Analizó las arrugas de su rostro, su bigote amarillento de nicotina, las sucias mangas de su camisa, las largas uñas negras, grasientas...

—Supongo que Workhand trató de probarme, cuando me hizo llegar las fotos de la costa atlántica francesa —murmuró, sin darse cuenta de que estaba expresando sus más íntimos pensamientos en voz alta.

—¿Cómo decía, señor? —preguntó el anciano.

Tallishin se debatió, inquieto.

Tornó a dar un sorbo a su vaso. La bebida, muy fría, estaba exquisita, refrescante, relajante.

—¿Cómo se llama? —Disparó Tallishin, de repente.

—Ed Tower, señor. Estaba en la taberna de Truckee cuando

llegó ese hombre que dijo llamarse Workhand...

—¿Cuánto dinero le dio?

—Cincuenta dólares. Aquí los...

—¿Cómo es Workhand?

—Corpulento, grueso, con gafas oscuras y un sombrero. Tenía unos... prismáticos en las manos, cuando me metió en el taxi. ¿Puedo marcharme ya, señor?

—Espere —le detuvo Tallishin—. ¿No le dijo nada más?

El anciano alzó la vista.

Apoyado sobre la borda estaba el musculoso Chad Foster. Su metralleta, de reducidas dimensiones, permanecía en las sombras, colgando de la correa. Pero estaba allí, presente, amenazadora, real.

—Dijo, dijo que le aguardaría hasta la una de la madrugada ante el cementerio de Forest Lawn. Añadió que, usted debía llevar algo... Creo que debí oír mal, pero me pareció que decía...

—Dígalo —exigió Tallishin, impaciente.

—Tal vez me equivoque, pero oí algo así como «que lleve el millón de dólares» —respondió Tower.

Tallishin apuró su vaso, se puso en pie, hizo una, seña a Foster y se alejó con él hacia popa.

—Voy a salir, Chad. Ten los ojos abiertos y dispuestos los motores para cuando vuelva —ordenó a Foster.

—¿Qué hago con ese viejo? —preguntó el corpulento guardaespaldas.

—Dale otro vaso de *whisky*, una botella entera. Yo me ocuparé del taxi que le ha traído. Después..., dale un golpe y arrójalo por la borda.

Tallishin bajó a su camarote y volvió enseguida con un maletín en la mano. Descendió por la pasarela hasta el muelle, habló unos instantes con el taxista que había traído al viejo Tower y se introdujo en el automóvil.

Chad Foster, que estuvo apoyado en la borda de estribor hasta que el taxi desapareció, se volvió hacia el viejo con un gesto burlón.

—Vamos, saco de huesos, bebe cuanto quieras —invitó.

Tower se abalanzó sobre la botella y se llenó el vaso hasta el borde.

Foster le vio llevarse el vaso a los labios con manos temblonas y lanzó una carcajada hiriente.

—Bebe, viejo, bebe —rió aproximándose.

Tower tomó la botella por el gollete y le golpeó con terrible potencia en la frente.

El corpulento Foster cayó como un fardo sobre cubierta.

El viejo le quitó la «Ingram

M-10»

con un movimiento experto y luego dejó caer sobre su rostro el resto de la botella de *whisky*.

—Bebe, viejo, bebe —gruñó con voz cascada.

Se deslizó veloz al entrepuente y comenzó a registrar el yate de arriba abajo. Y finalmente encontró lo que buscaba. Kate Cheng-Lai yacía bajo una litera, atada y amordazada, casi asfixiada: Foster había desobedecido a Tallishin.

—No te asustes, pequeña —dijo el anciano—. Yo te ayudaré.

CAPÍTULO XIII

Nadie que no lo haya visitado puede imaginarse el cementerio Forest Lawn, de Los Angeles.

Nada menos tétrico y fúnebre, pues durante el día hay allí puestos de bebidas refrescantes y los automóviles pueden avanzar hasta el amplio y fácil aparcamiento interior^[3].

A las cero horas treinta minutos de la madrugada, un taxi de la Yellow Cab Corporation se detuvo a la entrada.

—Espere —dijo Mihail Tallishin al taxista, dejando dos billetes de cincuenta dólares sobre el asiento.

Se apeó.

Una idea se había ido gestando rápidamente en su cerebro.

¿Qué ocurriría si Mihail Tallishin consiguiese aquel microfilme tomado por Lee Carlin..., sin necesidad de entregar el millón de dólares, que llevaba en el maletín?

Sencillamente: Tallishin habría cumplido con las órdenes recibidas y... podría disponer de un millón.

Sin darse cuenta, Tallishin estaba encendiendo una vela a Dios y otra al diablo.

Por una parte, el temor le obligaba a cumplir con su deber. Por la otra, Tallishin se sentía tentado por la perspectiva de verse en América con un millón de dólares para gastar alegremente.

Un coche se detuvo a unos veinte metros de él, en la acera opuesta.

Y Workhand bajó del taxi, que se alejó enseguida.

Foster Lawn estaba a aquella hora como debe estar cualquier cementerio: recogido, silencioso, tranquilo.

Workhand, aquel traidor, le esperaba inmóvil, en el mismo sitio donde había descendido del automóvil.

Perfecto.

Sólo había que conseguir el microfilme del confiado Workhand, disparar y... huir en el taxi.

No habría problemas: el dinero hacía milagros en Norteamérica. El taxista recibiría unos cientos de dólares y¹ arreglado.

Tallishin anduvo aprisa hacia Workhand.

Y cuando estuvo a diez metros de distancia..., se dio cuenta de que aquel hombre no era Workhand.

Era su mismo traje crema, fresco y veraniego, su sombrero blanco, sus gafas oscuras. Pero no era Harry Workhand.

Tallishin apretó su maletín más fuerte. Y pensó que lo más prudente era dar media vuelta y volver al taxi. En una palabra: ponerse a salvo.

Giró bruscamente sobre sus talones y quedó inmóvil, paralizado.

—¡Tower! —exclamó.

El viejo Ed Tower venía caminando hacia él.

Caminaba de forma grotesca, cojeando ostensiblemente. Avanzaba aprisa, aunque su avance fuese desequilibrado y ridículo.

Tallishin pronunció una maldición entre dientes.

¿Cómo era posible que el viejo se encontrase en Glendale si... él mismo había ordenado a Foster que lo quitase de en medio?

Las cosas no iban bien, estaba demostrado, y, en consecuencia, Mihail decidió tomar precauciones.

Es decir, bajó la mano a su chaqueta y sacó su magnífica «Thezkaia», una pistola-ametralladora muy eficiente.

Lo peor de todo fue que antes de que hubiera quitado el seguro, el viejo estaba junto a él y le encañonaba con la estupenda «Ingram M-10» de Chad Foster.

—Deje caer el maletín y... la pistola, míster Tally —rogó el anciano con voz clara, pero muy amable.

Mihail, que sólo tenía treinta y ocho años e intensos deseos de vivir la vida, tuvo entonces una visión horrible: un millón de billetes con la efigie de George Washington brotaba de su maletín y emprendía un loco vuelo a sabe Dios dónde.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas.

Y quitó con su pulgar el seguro de la «Thezkaia» y apretó el gatillo con rabia inaudita.

Las balas troncharon un arbolito y las verdes hojas cayeron

desmenuzadas a tierra.

Pero el venerable anciano Ed Tower acababa de dar un salto impropio de su edad y caía con todo su peso sobre el camarada Mihail Tallishin.

La «Thezkaia» se fue de entre los dedos de Mihail en cuanto su contrincante le golpeó en el cuello con el canto de la mano izquierda.

Incluso semiinconsciente, Tallishin intentó levantarse.

Pero Matt Findlay —que se encontraba muy incómodo con la falsa joroba a la espalda— decidió la cuestión poniéndole el cañón de la «Ingram M-10» en la nariz.

—Bebe, viejo, bebe —barbotó Findlay, metiéndole a Tallishin el cañón de la metralleta entre los labios.

* * *

—¿Eran importantes? —preguntó Matt Findlay.

El general Galloway se volvió hacia él.

—Supongo que se refiere a las fotos de este microfilme...

—Así es, general —respondió Findlay, impresionado por la severa expresión de Galloway.

—Tan importantes que... desde hoy mismo será relevado, transformado y puesto al día todo el servicio de seguridad de nuestras instalaciones atómicas. No sé si puede imaginar el problema en toda su gravedad, señor Findlay, pero creo que le bastará si le digo que la Unión Soviética hubiera podido destruir impunemente nuestro país si esta diminuta película hubiera llegado a caer en manos de los rusos. Si la hubiesen utilizado para destruirnos o no..., es cuestión que jamás sabremos —respondió Galloway.

Herman Kelly, que asistía a la entrevista que tenía lugar en el Pentágono, dirigió a Findlay una insistente mirada.

«Olvídalo. Hemos cumplido con nuestro deber. No le busques las vueltas a esta cuestión», parecían decir sus ojos.

Pero Findlay no le hizo demasiado caso.

Por el contrario, se aproximó al general Galloway y le miró fijamente.

—Creo firmemente, general, que esa revisión que usted

Menciona será muy conveniente. Considero mil veces peligroso para la seguridad de nuestra nación que un hombre como Lee Carlin llegase a poder fotografiar nuestras instalaciones de defensa atómica con tan sorprendente facilidad. Carlin lo hizo todo..., ¡durante unas vacaciones! —exclamó.

El general le miró furioso.

Finalmente carraspeó, y apoyó una mano sobre el hombro de Findlay.

—Es una buena opinión, amigo mío, y pienso que tiene derecho a plantear esta cuestión, puesto que usted personalmente ha evitado un gravísimo riesgo a este país —pronunció.

Del armario blindado que tenía tras su mesa, Galloway tomó algo que dejó en las manos de Findlay.

Matt examinó la cámara fotográfica con curiosidad, pero finalmente se la devolvió al general. Parecía perplejo.

—Ésa es una de las cámaras que poseía Lee Carlin. Con ella se pueden realizar nítidas fotografías a... diez kilómetros de distancia. ¿Quién vendió o facilitó esas cámaras a Carlin? No lo sabemos, porque jamás habíamos tenido en nuestras manos un aparato fotográfico tan perfecto.

—Pero... —empezó a decir Findlay, impaciente.

Galloway alzó una mano.

—Lo que quiero demostrarle, señor Findlay, es que los hombres cometemos corrientemente centenares de fallos, que ninguna obra humana es infalible, y que cualquier país está expuesto constantemente al peligro. Afortunadamente, tenemos hombres como usted que se sienten intranquilos, inquietos e insatisfechos en cuanto no logran encontrar satisfacción lógica a una pregunta. Usted sintió curiosidad por Lee Carlin, un hombre que se permitía grandes lujos sin... ingresos legales que los justificasen. Bien, esa inquietud suya, les llevó a desarticular una red de espionaje y a anular un gravísimo peligro para nuestro país.

Galloway dio unos pasos y se volvió rápidamente.

—Personalmente, le ofrezco mi reconocimiento más sincero, en nombre de toda esta gran nación. Pero... ¡no espere usted una medalla ni una cerrada ovación! Usted seguirá trabajando en la penumbra, señor Findlay..., como muchos de los americanos que velamos por la seguridad en nuestro país —terminó Galloway.

—Tiene genio —susurró Findlay al SAC Kelly. Y sonrió.
Poco después abandonaban el Pentágono.

* * *

—¿Cómo era? —preguntó Kate.

Matt se volvió hacia ella y quedó en suspenso.

Movió las manos, como si modelara una figura.

—Era... rubio, inquieto, bullicioso, guapo, adorable, muy travieso, rápido, cariñoso, dulce, enredador... ¡Era George! —respondió.

Matt corrió cadenciosamente a lo largo del camino.

A unos cien metros se detuvo y contempló el artificial arco iris formado por los rayos del sol que atravesaban las chispitas acuosas lanzadas por unos aspersores.

Kate llegó junto a él en rápida carrera y le abrazó por los hombros.

Le obligó a girar y le miró a los ojos.

Si esperaba encontrar en ellos nostalgia o tristeza, debió sentirse muy defraudada, porque los dorados ojos del policía tenían un esplendor bullicioso, vital.

—¿Y Nancy? —preguntó ella, a pesar de todo.

Matt, que había sacado un cigarrillo y se disponía a encenderlo con su mechero, se volvió hacia ella y acarició sus mejillas.

—La verás, un día de éstos... —dijo—. Nancy... es una gran mujer, de la que yo me enamoré en una de esas fiebres juveniles. Ella es mil veces más sensata que yo. Supo valorar nuestra diferencia de edad y obró en consecuencia. Su decisión de separarnos me hirió en un principio, pero...

—¿Pero? —preguntó Kate, viendo que Findlay quedaba en suspenso.

—Lo mío era despecho más que amor, Kate. Después he comprendido sus razones: el sentimiento que me unió a ella era producto de un enamoramiento pasajero. Joss Holman era un hombre más maduro, en su misma línea de capacidad afectiva. En fin, estoy mil veces agradecido a Nancy y nunca la olvidaré.

Kate se volvió bruscamente de espaldas.

Matt, que había seguido avanzando por el camino, seguía

hablando sin cesar.

Hasta que se dio cuenta que nadie le escuchaba. Entonces se volvió y contempló a Kate, que permanecía rígidamente erguida, de espaldas, a unos treinta metros.

—¡Kate! —gritó él autoritariamente.

Ella no se movió.

—¡Kate! He olvidado decirte que hay alguien que te vigila..., ¡aún creen que tienes el manual de jardinería de Carlin! —gritó Findlay.

Kate Cheng-Lai no se movió.

—Vi un coche entre los maizales, Kate. Un coche oscuro. ¡Ojalá que no traten de raptarte! Con esa gentuza, nunca se sabe —insistió Matt.

Kate dio un gritito, llegó en una carrera hasta él y lo abrazó.

Findlay la besó en los labios, la tomó por la cintura y continuaron juntos el camino.

—Tramposo... —susurró ella al oído del hombre. Pero no se separó de él hasta que llegaron al coche.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Special Agent Charged o agente especial encargado de una división del FBI. < <

[2] Las peleas de gallos están prohibidas en Estados Unidos. < <

[3] Es cierto. En algunos cementerios de EE. UU. existen tiendas, heladerías y venta de cigarrillos. El Forest Lawn Memorial Park, que se encuentra a la altura del 1712 de la South Glendale Avenue, es uno de los más famosos cementerios americanos. Tiene magníficos jardines, fuentes y dos cuadros religiosos de dimensiones colosales.

< <